

ARMENIA
ARMÉNIE



Convent de los Hermanos de S. Juan de los Rios
Convento de los Hermanos de S. Juan de los Rios en Valencia

LICEO VALENCIANO.

PERIODICO MENSUAL

De Ciencias, Literatura y Artes.

SERIE TERCERA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Mr. de La-Menais.



Mr. de La-Menais es uno de los egemplos mas memorables que haya ofrecido este siglo de la influencia de un primer error sobre un espíritu naturalmente lógico, y que marcha en su conducta, así como en su pensamiento, de una en otra consecuencia. Para apreciar el punto á que ha llegado, importa recordar aquel de donde partió; se verá así como los errores se eslabonan, y como una vez adoptado un mal principio nos lleva con lógica fatal á consecuencias, que se hubieran detestado sin duda, á haberse desde luego entrevisto. ¡Ay! las almas altivas son tambien las mas ocasionadas á este género de caidas. El pensamiento humano es un soberbio que difícilmente consiente en reconocer sus yerros. Si es ya muy rara cosa hallar una inteligencia como la de Fenelon; eslo mas todavía hallarla unida á un corazon humilde y obediente como el que dictó la inmortal retractacion del arzobispo de Cambray.

TOMO 2.º

NUM. 9.º — SETIEMBRE 1842.

Mr. de La-Menais comenzó defendiendo las sanas doctrinas con el talento y la elocuencia que tan alto nombre le grangearon. Escribió el primer volumen de la *Indiferencia*, obra maestra de dialéctica y razon, que arruinaba todo el sistema de la escuela del siglo XVIII. El *Conservador*, gloria de la prensa periódica, publicó frecuentemente sus artículos llenos de calor y de fuerza.

En aquella época, Mr. de La-Menais era católico y realista. ¿No habia escrito en el primer volumen de la *Indiferencia* estas propias palabras: »No hay orden social sin gerarquía, no hay sociedad sin poder y sin súbditos, sin el derecho de mandar, y la obligacion de obedecer?»

El segundo de estos caracteres fue borrándose en él poco á poco, y vamos á ver cómo acarreó mas adelante la desaparicion del primero.

En el segundo tomo del *Ensayo* habia La-Menais establecido un principio que debia ser el manantial de todos sus errores. Sacrificando á uno solo todos los motivos de certidumbre, la razon general, el testimonio del género humano habia venido á ser á sus ojos el principio fundamental de toda certeza, la autoridad, el poder legítimo á que todos los espíritus debian someterse.

La soberanía del pueblo estaba en gérmen en este sistema. No era, si se quiere, mas que la bellota de la encina, pero mas tarde la semilla se ha desenvuelto, y el árbol ha aparecido.

Cuando Mr. de La-Menais concibió esta doctrina, queria aplicarla, segun decia, á la defensa de la Religion. Al proclamar la razon general como la grande autoridad en la tierra, proclamaba juntamente á la Iglesia como su órgano é intérprete. El género humano era infalible, y la Iglesia era la voz del género humano.

De la creencia en esa infalibilidad, resultaba una tendencia al republicanismo que no tardó en manifestarse. Si todos no la vieron desde luego, es porque se ocultó bajo un disfraz que engañó á la opinion pública y tal vez á su mismo autor, acerca la verdadera índole de su idea. Como habia propuesto á la Iglesia en calidad de intérprete y órgano de la infalibilidad del género humano, dió sus primeros combates en provecho de la autoridad de la Iglesia. Pero comprometíala, aparentando defenderla. Enemigo apasionado de las libertades galicanas, representábalas como una licencia intolerable, y prodigaba las mas violentas censuras á la famosa declaracion de 1682. Esta-

mos muy lejos de aprobar aquella declaracion en todos sus artículos, pero habia uno que separaba, segun los verdaderos principios, la autoridad religiosa de la política, consagrando así juntamente los derechos del papado y los del trono, y haciéndolos tanto mas inviolables, cuanto los declaraba independientes entre sí en la esfera de sus peculiares atribuciones. Pero esta distincion entre lo espiritual y temporal no podia ya tener cabida en el sistema de La-Menais. El principio republicano, escondido bajo de una cubierta sagrada, comenzaba á asomar á despecho del autor. Segun su doctrina, no habia mas que un principio de certidumbre, y por consiguiente una sola autoridad legítima, la infalibilidad del género humano; solo á título de su órgano é intérprete tenia la Iglesia el derecho de ser oida. Desde entonces el mundo cristiano, así como en otro tiempo el gentil, era una república, cuyo cónsul estaba en Roma. En lo espiritual y en lo temporal todo dependia del poder pontificio, alta espresion de la soberanía de la razon universal. El Papa debia tener la doble autoridad política y religiosa; ó mas bien, á pesar del velo de cristianismo echado sobre un pensamiento de anarquía, la muchedumbre, el número es á quien coronaba La-Menais, porque si abatia todas las coronas delante de la tiara, abatia á esta ante la infalibilidad del género humano.

Desde aquel momento Mr. de La-Menais habia dejado de ser realista: los principios monárquicos que habia defendido con tanta gloria fueron rayados de su pensamiento. Una sola autoridad, la infalibilidad del género humano, una sola espresion de esa autoridad, la infalibilidad del Papa, tales fueron sus dos símbolos. La legitimidad real no existía ya á sus ojos, la dignidad real, en vez de aparecerle como una base, le aparecia como un obstáculo. Su poder era una rebelion contra el poder secular de la Iglesia, que La-Menais queria establecer á pesar de esta palabra tan profunda en política como en religion: «Mi reino no es de este mundo.» Tratábase de fundar una república universal, y el Sr. de La-Menais habia nombrado al Papa primer ministro de la soberanía popular.

Sin duda, en los primeros momentos, esta doctrina no se manifestó con toda su franqueza. Era preciso que algun grande acontecimiento viniese á abrirle camino y preparar los espíritus á tan atrevida novedad. Este gran acontecimiento no se hizo de aguardar, la revolucion de Julio estalló.

Entonces apareció el *Porvenir*.

El pensamiento de La-Menais, que no se habia manifestado hasta entonces, sino bajo su aspecto religioso, se mostró allí bajo su semblante político. Alentándose en la atmósfera de la revolución en que vivía, habia sacudido sus postreros escrúpulos y roto los últimos lazos que le unian á lo pasado. Parecia que al ver aquella corona de tantos siglos hecha pedazos sobre las piedras de las barricadas y abandonada ú olvidada por tantos hombres que habian prometido servirla ó defenderla, el antiguo redactor del *Conservador* absolviese sus propias infidelidades y olvidos.

El *Porvenir* fue, pues, el manifiesto político del sistema de La-Menais. Los dos dogmas de que se componia aparecieron allí al descubierto, y fueron llevados al extremo. La autoridad religiosa fue proclamada como única y soberana, la autoridad real calificada de tiranía, atacada de mil maneras, acusada, calumniada. Asombro causó aquella mezcla de teocracia y democracia, de tribuna y de púlpito, de cristianismo y de revolución. ¿Cómo el Sr. de La-Menais podia hermanar estas cosas incompatibles? ¿Qué habia de comun entre el movimiento católico y el movimiento revolucionario? ¿Cómo tan bello ingenio consentia en bajar hasta una alianza que era solo una complicidad?

Porque Mr. de La-Menais estaba bajo el jugo de un mal pensamiento, de un principio falso; porque de esa autoridad religiosa habia hecho la espresion de la infalibilidad humana; porque habia nombrado al Papa, segun hemos dicho, primer ministro de la soberanía popular. Desde entonces se veia condenado á hacer girar la cátedra inmutable de San Pedro al antojo de los vientos de la opinion. La roca inmovible sobre que está fundada la Iglesia debia ser llevada por el flujo de los sentimientos humanos, y traída por el reflujo.

No siendo la infalibilidad religiosa sino el reflejo de la humana, debia mudarse y variar como ella, ceder á todos los impulsos de su espíritu, marchar á la cabeza de las revoluciones para conducirlas, en vez de ponerse delante para contenerlas. Mr. de La-Menais colocaba el catolicismo en el movimiento en que creia ver la generalidad de las ideas. A su juicio, la razon general se ladeaba á la democracia; luego el catolicismo debia ser demócrata; la revolucion invadia el mundo intelectual; luego el Papa debia ser revolucionario. He ahí en pocas palabras toda la explicacion del *Porvenir*. Mr. de La-Menais habia hecho de la Iglesia uno de esos reyes constitucionales que rei-

nan, pero no gobiernan. Mezclando la democracia y la religion, el altar y la plaza pública, estaba de acuerdo consigo mismo, y sacaba las consecuencias de la doctrina que habia sentado. Todo salia de este principio filosófico: el género humano es infalible, la Iglesia es la voz del género humano.

Hubo en aquella época hombres perspicaces que no se maravillaron de la contradiccion en que caia La-Menais, sabiendo que era el resultado inevitable de su sistema, pero que previendo sus consecuencias, advirtieron al autor que despues de haber cesado de ser realista cesaria de ser católico, y romperia con el Papa como habia roto con el rey. Aquellos hombres apreciaban sagazmente la importancia del movimiento que seguia La-Menais. Imposible era que su sistema no viniese á parar al deplorable término que le señalaban.

Habíale sucedido al *Porvenir* lo que debia infaliblemente sucederle. La Iglesia se habia negado á seguirle en el camino por donde queria conducirla. La mas santa y la primera de las autoridades legítimas no podia dar la mano á la anarquía, ni el gobierno del cielo conspirar contra los gobiernos de la tierra. ¿Cómo el catolicismo, este poder social que crea y conserva, hubiera consentido en hacerse instrumento de todas las destrucciones que le dictara, en sus caprichos, la engañosa infalibilidad de lo que La-Menais apellida razon general? ¿Cómo la Iglesia, esta columna firmísima en que todo descansa, se hubiera inclinado bajo ese viento de democracia que soplabá de las cuatro partes del siglo? ¿Qué papel para ella esa mision de desórden! ¿Qué prostitucion de su poder, constituirse centro de todas las rebeliones! ¿Y qué espantoso uso de esa gran lumbrera despues de haber alumbrado al mundo durante mil ochocientos años, venir á ser la tea fatal que lo abrasase!

Las palabras de Cristo no envejecen, mas que su doctrina. Cuando La-Menais vino á tentar la Iglesia con las seducciones de su talento, y mostrarle desde lo alto de la montaña á los pueblos prontos á seguirla, si queria entrar en el camino de las revoluciones, la Iglesia respondió con estas palabras: «Dad al César lo que es del César, así como á Dios lo que es de Dios; — Mi reino no es de este mundo.»

Estas dos palabras arruinaban todo el sistema de La-Menais. Sin embargo, al sacudir la obediencia debida al poder de la tierra, habia prometido observar la que se debe al poder del cielo. Por otra parte, ¿cómo hubiera rehusado someterse á esa autoridad, que habia reconocido única y soberana? Cuando

resonaban todavía las palabras con que habia proclamado la infalibilidad de la Iglesia, ¿qué argumento hubiera invocado para declinar su autoridad?

Así Mr. de La-Menais se sometió, enredado en sus propios lazos. Ese poder que habia querido elevar sobre las ruinas de los demás, á fin de hacer prevalecer sus doctrinas, las condenaba, porque si bien favorables á su influencia de ella eran contrarias á sus deberes y á su espíritu. Cualquiera fuese el partido que tomase La-Menais, su orgullo debia padecer. ¿Negaria la infalibilidad del juicio de la Iglesia? Esto era desmentirse atrozmente á sí mismo. ¿Abjuraria sus errores? Necesitábase uno de esos esfuerzos de que pocas almas son capaces, porque hay pocas bastante elevadas para no ser vanas. Ese heroico esfuerzo La-Menais tuvo el valor de tentarlo, y el cristianismo, cuyo ornamento habia sido por su genio, se disponia ya á gloriarse de su arrepentimiento, colocando su nombre, ya tan famoso, junto al nombre inmortal de Fenelon.

Desgraciadamente tan bella resolucion no fue constante. Mr. de La-Menais no habia pronunciado, sino con despecho, aquella retractacion que habia llenado de júbilo á sus admiradores y amigos. Sepultado en el retiro callaba, y permanecia inmóvil, pero aquella inmovilidad amenazadora ocultaba algo de extraño, y habia ya voces que hacian hablar su silencio.

Porque el fatal principio de la infalibilidad del género humano, espresado por la voz de la Iglesia, no estaba aun al cabo de sus siniestros partos. Mr. de La-Menais, pasaba y repasaba en su mente aquel sistema hijo de sus meditaciones, y vacilaba ante la última deduccion que habia que sacar. Si el género humano era infalible, la Iglesia dejaba de serlo desde el punto en que no era ya el reflejo de lo que La-Menais creía ser la razon general. No habia medio, era forzoso sacrificar la Iglesia, ó el sistema: Mr. de La-Menais sacrificó la Iglesia.

Súbito las tinieblas que el autor habia espesado en rededor de sí se iluminaron con espantosos resplandores, y vióse salir de su silencio esa declaracion de guerra lanzada esta vez contra la autoridad religiosa y la política; libro de cólera y furor, en que se hallan acá y allá algunas páginas donde aun resuenan las armonías del cielo y semejantes á gotas de rocío sembradas sobre un lago de betun, puras y suaves inspiraciones, que parecen escritas con las lágrimas que vertieron los ángeles por la caída de un grande escritor.

Grande fue la tristeza entre los apasionados de Mr. de La-Menais cuando apareció el libro de un *Creyente*. En fin, estaba dicha esa palabra fatal contra la Iglesia, cuyo gérmen habian divisado los espíritus discretos en las anteriores obras del célebre escritor. Mr. de La-Menais ponía la mano en el arca santa: el antiguo campeon de la Santa Sede se volvía contra la causa que habia tanto tiempo defendido, y el soldado de Cristo desertaba su bandera.

¿Qué se habia hecho aquella obediencia tan pomposamente anunciada? ¿Qué! ¿Mr. de La-Menais no se sometía á la autoridad de la silla apostólica sino con condicion de que esta sufriría la tiranía de su pensamiento? ¿Quería ser el Richelien de la Iglesia, y hacer servir su divina supremacía á la soberanía de un sistema humano? El Papa no habia aprobado la política del *Porvenir*, luego todo estaba dicho; la pluma de La-Menais se cruzaba con el báculo pastoral del soberano Pontífice, como con el cetro de los reyes.

En un libro, cuyo plan habia tomado de la Escritura, y el fondo del *Contrato social*, en ese apocalipsis del error, mezcolanza de oraciones y blasfemias, veíasele desenvolver las doctrinas que el mismo Lutero habia condenado en los anabaptistas de Munster. Componiendo un nuevo evangelio dedicado á las pasiones revolucionarias, amalgamando la religion de todas las obediencias con la secta de todas las rebeliones, é invocando no sé qué idealismo político, quería establecer en la tierra la fraternidad por el odio, y la paz por medio de la espada. ¿Pero no veía que semejante libro era un crimen religioso y social? Muy culpables habian sido ya los que, violando la magestad real, habian puesto en la noble frente de Luis XVI el innoble emblema de las revoluciones. Pues bien, Mr. de La-Menais acababa de hacer algo mas; *las Palabras de un creyente*, eran el gorro encarnado puesto sobre la cruz de Jesucristo.

Tal fue el efecto que produjo este libro, que apenas tenia modelo en lo pasado sino las predicaciones de Munster, y que sin duda no tendrá par en lo venidero. Mr. de La-Menais habia echado el brillo de su estilo sobre los errores mas espantosos en que pueda caer el entendimiento humano, como un manto de púrpura sobre abismos.

Toda la cristiandad estaba en espectacion. ¿Qué partido tomaría la Santa Sede en tan solemne circunstancia? ¿El rayo del Vaticano osaría subir hasta aquella frente que parecia do-

minaba las nubes, según era de alto era el lugar á que le habia elevado su talento? ¿Roma no retrocederia ante la pérdida de aquel grande escritor á quien iba á verse condenada á espulsar de la Iglesia?

La Iglesia no tiene los vanos miramientos ni las trémulas perplexidades de la débil humanidad. Ciertó, si hay un espectáculo digno de la admiracion del universo, es el de esa constancia eterna de principios, é inalterable pureza de doctrinas, en medio de las opiniones que varían, y de los sistemas que pasan. Indulgente con el arrepentimiento, es inflexible con los que persisten en su yerro. Perdona al hombre engañado, pero no perdona al error. ¿Qué importan á sus ojos el talento y aun el genio, si el talento y el genio se apartan de la verdad, que es su terrero para irse á la mentira que es su escollo? Fundada en la palabra eterna de Dios, mas fuerte que todos los poderes, mira vigilante y solícita en rededor de sí; cuando descubre en las llanuras del tiempo algun naufragio que se prepara, levanta su voz para avisar, y cuando se niegan á escucharla, resuena otra vez para condenar. Ante su equitativa justicia no hay obstáculo ni barreras. La gloria le pide en vano perdon para el error, y el culpable se abriga inútilmente bajo las alas del genio. Estas consideraciones tan poderosas á los ojos de los hombres son vanas ante los de la Iglesia que ha rogado sobre la nada de todas las glorias, y el sepulcro de todas las inmortalidades. Vióse esto claramente cuando Napoleon, que parece dominaba los sucesos, y cuya voluntad fue durante diez años la historia del mundo, sintió herida con el rayo invisible una frente coronada con la aureola de cien victorias.

La Iglesia no vaciló mas con Mr. de La-Menais que con los que anteriormente se habian descarriado. Su voz se levantó triste, pero severa: compadeció al hombre y condenó la doctrina. Porque los fallos de la Iglesia en nada se parecen á los de la justicia humana. Su severidad anda siempre mezclada de misericordia, y al lado de la sentencia que cae sobre el culpable hay siempre una súplica que se levanta al cielo, para que dé al hombre estraviado esa segunda inocencia que se llama arrepentimiento.

Los amigos de La-Menais conservaban todavía alguna esperanza. Hasta entonces no habia incurrido la censura pública de la Iglesia: esta censura produciria en él una impresion profunda. Al cabo, su último escrito, no era sino el culpable sueño de una inteligencia enferma; no era su razon, sino su imagi-

nacion quien habia hablado. Volveria sobre sí al oir la gran voz de la Iglesia que condenaba sus errores, y despues de haber dado á sus amigos el sentimiento de su caida, daríales el consuelo de su humilde vuelta á los verdaderos principios del cristianismo.

¡Esperanzas vanas! He ahí que por la siguiente obra: *Negocios de Roma*, Mr. de La-Menais disipa las piadosas ilusiones de la amistad. Un largo intervalo separó esta declaracion de principios de la sentencia pronunciada por la Iglesia, y ese intervalo solo sirvió para ahondar en la mente del hombre extraviado el abismo de su sistema. El tiempo fue en favor del hombre y contra Dios. No se trata ya ahora del sueño de una imaginacion doliente, de la lúgubre poesía de una inteligencia embriagada de los fantasmas que se forja á sí misma; no es ya el ay dolorido del orgullo, que prorumpe en palabras que no han sido bastante meditadas, y que un momento de reflexion hará retractar. Mr. de La-Menais ha vivido dias y noches con su mal pensamiento, y á la faz de la cristiandad que gime, y del error que aplaude, rompe con la Iglesia que no ha querido aceptar la dictadura de ese genio imperioso, adoptar sus elocuentes errores y pasar por bajo el yugo de sus descarríos.

El falso principio que ha sentado se desenvuelve hasta su última consecuencia. La voz fatal que le grita: »¡Anda!» desde los primeros pasos que ha dado en el mal camino ha continuado siguiéndole hasta que ha caido. Como ella le gritaba: »¡Anda mas!» levántase para ir á caer mas adelante con mas lastimosa caida.

Hasta el fin es consiguiente con su error, piérdese con una lógica inexorable; y esa infalibilidad del género humano, que invocaba antes en favor de la Iglesia á quien queria defender, la invoca todavía contra la Iglesia á quien pretende oprimir.

Toda la parte primera de su obra está consagrada á esponer á ese vago é incierto concilio del género humano los documentos del gran proceso que ha sostenido contra Roma, el proceso de una vida contra diez y ocho siglos, el de un hombre contra Dios. Se ve en aquella larga correspondencia la paciencia de la Iglesia, y la insistencia de La-Menais, los esfuerzos de aquella para calmar ese espíritu impetuoso que roe el freno que le contiene; y la terquedad del escritor que quiere hacer triunfar la dictadura de su pensamiento.

La segunda parte de la obra es el manifiesto religioso del autor, como el *Porvenir* fue su manifiesto político. Por este rompia de una manera absoluta con la monarquía, por la otra rompe completa, definitivamente con Roma. Declárale que ha cesado de ser el alma de los pueblos, y la cabeza de la cristiandad: coloca al pontificado de una parte, y al género humano de la otra, y cediendo de nuevo á su sistema favorito pronuncia la condenacion de la Santa Sede en nombre del género humano. En su sentir, el papado, despojado del poder material, ha perdido toda influencia moral. Roma no es ya sino un gran cadáver colocado á la puerta de las naciones que pasan sin mirarle; es la inmovilidad de la muerte en medio del movimiento de la vida, y la cátedra de San Pedro no es mas que un viejo y carcomido trono, en que duerme un anciano soñando un poder perdido.

Triste error de un entendimiento, que preocupado de su vano sistema, toma esa ola que se llama un siglo por el movimiento general de las edades, y pide que la Iglesia se resigne á sujetar sus inmutables doctrinas al flujo y reflujo de la humanidad. ¡Como si la Religion pudiera hacerse una política! ¡Como si la fijeza pudiese variar y la eternidad someterse á las vicisitudes del tiempo! ¿Qué importa que la movilidad de las opiniones humanas, durante uno de esos dias de la eternidad, que se llaman épocas, lleve al género humano por caminos en que la Santa Silla no le va delante? Al través de esos vanos senderos, donde los hombres se extravían, no hay mas que un solo camino abierto por la mano de Dios en el seno de las edades, y es el que sigue la Iglesia á quien Dios ha concedido su infalibilidad. Esas sendas, cortadas en la roca, y en que la humanidad se empeña tomándolos por avenidas que dan á lo porvenir, van á perderse al cabo de pocos pasos en derrumbaderos y abismos. Entonces es preciso volver al camino en que continúa marchando la Iglesia, acompañada ó solitaria, seguida ó abandonada.

Todos esos sistemas nuevos, es decir, esos errores, que nacen á su rededor, esas ideas que le arrebatan por un momento el poder, muy presto desaparecen. El error tiene la suerte de todas las usurpaciones, su reinado es corto, sola la verdad es eterna. No digáis que Roma está aislada en medio del género humano; Roma es la capital del tiempo así como del espacio; los siglos y las naciones se apiñan en torno suyo, y en vuestros pobres cálculos de lo presente olvidáis sus futuras y pasadas riquezas.

Espíritu temerario que mandais á la reina de las edades se prosterne delante un siglo, quitaos esa máscara con que os cubris. En el frenesí de vuestro orgullo hubierais querido que la Iglesia se arrodillase ante vos, porque esa pretensa infalibilidad del género humano no es en resolucion sino la infalibilidad de un hombre, así como la soberanía popular no es sino la soberanía del ambicioso que sabe adular las pasiones de la muchedumbre é imprimirles el movimiento de su propia voluntad. Doctor, por mas que espeseis las filas y abultéis la muchedumbre, detrás del género humano veo al individuo que se parece; detrás de la soberanía popular, ocultais vuestra propia soberanía. Queriais en otro tiempo que el género humano fuera gobernado por la Iglesia, pero en la misma época queriais que la Iglesia fuera gobernada por vos. La prueba de ello es, que desde el punto que no quiere aceptar el yugo de vuestras opiniones, la desechais como se desecha un instrumento rebelde á la mano que le emplea. Era necesario que el Pontífice reinase, deciais; pero haciais del Pontífice uno de esos reyes haraganes, en cuyo tiempo gobierna un gefe de palacio, y ese gefe erais vos.

Así el orgullo, escollo comun de la humanidad, es el fondo del error de La-Menais, como de todos los errores, y esa gran palabra de infalibilidad del género humano oculta en realidad la de una inteligencia enamorada de sí misma.

Desde el principio de su estravío esa pasion es quien le ciega, y de una en otra caida le ha precipitado al fin en el tenebroso abismo en que se halla. Porque no se crea que La-Menais se haya detenido en el punto en que acabamos de dejarle, y que despues de romper con la Iglesia haya respetado al menos la base del cristianismo. No, caminando á mas andar en el camino de perdicion que emprendiera, ha atacado en sus posteriores escritos las verdades fundamentales de la fe cristiana, abrazando los absurdos sueños del panteismo. Tanta inconsecuencia, tan pasmosa mudanza, parecerian increíbles, si no supiéramos que enlazándose entre sí las verdades, y confundiéndose en su principio, es preciso atacarlas todas desde que el interés de una pasion ha movido á combatir alguna. ¡Renegar de Jesus! ¡Desventurado! Sin duda no recuerda estas palabras, que escribiera en mejores dias, y que ahora recaen sobre él como un espantoso anatema: »para negarse á creer en Jesucristo seria necesario ser un monstruo, un demonio, mas que un demonio, porque si los demonios no aman, á lo menos

creen y tiemblan." Porque, ¿ha hecho, acaso, algun descubrimiento importante, ha encontrado en el cristianismo algun pasage que no soportase el exámen? ¿Tiene argumentos nuevos que destruyan todo el órden de pruebas que tan bien habia presentado en los cuatro volúmenes del *Ensayo*? No, tan comunes, tan flacas son las razones en que apoya sus impiedades, que se avergüenza uno por el honor de un hombre que quiere justificar con ellas su triste defeccion. No sabe ya uno donde está, cuando ve á un ingenio tan distinguido, á un escritor tan hábil comprometer la reputacion de su misma incredulidad con sofismas tan manoseados, tan miserables y tan de antemano por el mismo refutados. Así se ve confirmado lo que poco antes decíamos, lo que todo el mundo habia presentido, que no su razon, sino su vanidad, no un nuevo descubrimiento de su mente, sino una herida hecha á su corazon, eran la causa de tan lamentable apostasía.

Ahora pueden comprenderse esa melancolía, esa hiel, esa amargura, ese abatimiento y desesperacion que se notan en cada página de sus *Discusiones críticas*, esa misantropía, esa mirada echada sobre el mundo, donde no ve sino *una sombra de lo que no existe, un sonido que no viene de ninguna parte, una fisga de Satanás en el vacío*. No lo estrañemos. »Cuando la fe que unia el hombre á Dios y le elevaba hasta él llega á perderse, sucede una cosa horrenda; el alma, abandonada en algun modo á su propio peso, cae, cae sin fin llevando sin cesar consigo, no sé qué inteligencia desprendida de su principio, y que se agarra ora con dolorosa inquietud, ya con una alegría semejante á la risa del insensato á todo cuanto encuentra en su caída. Atormentada de la necesidad de la vida, ó se une á la materia, ó por el vacío de fantásticas abstracciones y fugitivas sombras, se anda tras de formas sin substancia, de la nube que ha tomado por Juno.

»Todos los nobles instintos se duermen en profundo sueño, todas las secretas potencias que presiden á la formacion del mundo moral, se estinguen en parte, y en parte le crean una especie de *suplicio interior*, cuya causa de él desconocida, le causa angustias y desesperacion indecibles. *Si padece es porque está muy alto todavía*. Baja, pues, baja hasta el animal, hasta la planta, hazte bruto, hazte piedra. No puede. En el lóbrego abismo en que se halla, lleva consigo su *inexorable naturaleza*, y los ecos del universo repiten de mundo en mundo las doloridas quejas de esa criatura, que salida del lugar que

le habia asignado el Ordenador supremo en su vasto plan, é incapáz de fijarse en adelante, flota sin reposo en el seno de las cosas como destrozado bajel que las olas empujan por todos lados en el océano desierto (1)."

»¡Quién sabrá nuestros tormentos, si nosotros no los manifestáramos!" dicen las almas en pena que Dante encuentra en su viage al mundo de las expiaciones. ¿Quién comprendiera la situacion moral de La-Menais, si el mismo no la hubiera pintado con tan vivos y verdaderos colores? Diríase, al leer esa espantosa página, que al tiempo de escribirla una voz secreta le gritaba como al inventor de un nuevo y terrible suplicio: tú mismo conocerás esas penas, y harás la prueba de esos tormentos.

Basta. Hemos bosquejado la historia del gran naufragio de ese hombre cuyo talento admirábamos, la caida de ese astro que tan resplandeciente amanecía. He ahí el punto á que ha llegado ese grande ingenio que hacia el consuelo de la Iglesia y la esperanza del cristianismo. Esa voz que se alzaba con la oracion del pueblo fiel, cuyos acentos regocijaban á los ángeles en lo mas alto de los cielos, y consolaban en la tierra á los hombres de buena voluntad, ¡ay! no suena ya sino para desatarse en palabras de maldicion contra los hombres, y de blasfemia contra Dios. El fogoso y elocuente defensor del cristianismo ha parado en incrédulo y panteista. Ese apologista de los derechos pontificios, que pedia, por una confusion estraña, que el poder político se confundiera con el religioso, dice anatema á la tiara, como le habia dicho al trono; mientras Bossuet, que respetaba juntamente las legitimidades de la tierra y las del cielo, terminaba su famoso sermon de la *Unidad* con esta magnífica apóstrofe:

»¡Cuán grande es la Iglesia romana, que sostiene todas las iglesias, que lleva la carga de todos los que sufren, que mantiene la unidad, confirma la fe, ata y desata á los pecadores, abre y cierra las puertas del cielo! ¡Cuán grande es, repito, cuando llena de la autoridad de San Pedro, de todos los apóstoles, de los concilios todos, egecuta con tanta fuerza como discrecion sus saludables decretos! Santa Iglesia romana, madre de todas las iglesias y de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir á sus hijos en la misma fe y la misma ca-

(1) Discussions critiques, &c., pag. 38.

ridad, nosotros estaremos siempre asidos á tu unidad de lo íntimo de nuestras entrañas. Si yo te olvidare, Iglesia romana, olvídeme antes á mí mismo; séquese mi lengua y quede como inmóvil en mi boca, si no eres tú siempre la primera en mi memoria, y no te pongo al principio de mis cantares de regocijo."

V. M. y Florez.

INTRODUCCION

A LA

HISTORIA GENERAL DE LAS CIENCIAS.

Si el hombre, como ser dotado de razon y de conciencia, y el mas perfecto de cuantos existen en el universo, desea cumplir el destino que á Dios plugo señalarle acá en la tierra, ha de satisfacer la primera necesidad de su organizacion intelectual, que es la de adquirir conocimiento, tanto del mundo en que vive, como de sí propio: de suerte que el estudio de la naturaleza exterior y el de la interior deben ser las ocupaciones capitales de su entendimiento. En ellas se encierra con efecto el círculo de las ciencias humanas, cuyos adelantos pertenecen á las diferentes edades del mundo. Todos los hombres de encumbrado ingenio, todos los sábios de mayor valía han aspirado á ser *omniscios*; porque todos han creído que la verdadera filosofía debe deducirse del conjunto de conocimientos que nos suministran las varias ciencias que el hombre creó; y para hacer semejantes deducciones es necesario conocer el universo y el hombre: el *macrocosmo* y el *microcosmo*.

Mas no siempre se ha atinado con el mejor medio de alcanzar tan grandioso objeto: porque no en todos tiempos se cultivara con igual provecho el único estudio que puede guiar al entendimiento por el camino de las investigaciones científicas, á saber, el método. Si queremos apreciar con la historia en la mano los progresos que nuestros conocimientos han hecho durante el trascurso de tantos siglos, hallaremos plenamente confirmada esta asercion, segun intento demostrarlo en la sucinta reseña que sigue.

Tres épocas pueden señalarse en la historia de las ciencias: épocas desiguales en duracion, pero igualmente notables por

los grandes resultados que las califican. Distínguese la primera por la confusion de los conocimientos. En ella domina la filosofía, en su acepcion literal; pues hay amor al saber y deseo de conocerlo todo. Abrense los cimientos de todas las ciencias, y se establecen varios principios generales, las mas veces supuestos y por consiguiente aventurados; porque los sábios de aquellos tiempos, con el ansia de abarcar el círculo entero de los conocimientos, no cuidaron de penetrar en los pormenores de cada uno de ellos, contentándose con los escasos resultados que su exámen superficial pudiera ofrecerles. De aquí, la creacion de sistemas mas ó menos absurdos que nos presentan las ciencias antiguas; de aquí, la falta de método que se nota en la disposicion de las mismas nociones adquiridas: por manera que no sabemos si admirar mas el lustre de ingenios como Aristóteles, Platon, Euclides é Hipócrates, que las ridiculeces y dislates de la mayor parte de sus discípulos. Este período de confusion y de sistemas de toda especie, puede contarse desde que empezaron las tradiciones históricas, hasta despues de entrado el renacimiento de las letras. En todos aquellos siglos se pretendia alcanzar la sabiduría universal, recorriendo sucesivamente el círculo de los conocimientos científicos. Platon entendió por filosofía la ciencia de las cosas divinas y humanas: y Aristóteles dispuso su vasta Enciclopedia, que despues continuó Galeno y completó Alberto Magno, uniendo la ciencia con la religion. Finalmente el célebre Pico de la Mirándola se presentó, como todos saben, á sostener tesis *de omni re scibili*; y el mismo Bacon, cuyo raro ingenio habia de mudar la faz de las ciencias y reinar en el segundo período como Aristóteles en el primero, el ilustre Bacon, repito, no pudo dejar de seguir el impulso que á su siglo habian dado los anteriores, y estudió tambien el círculo aristotélico.

Con el siglo XVI empieza la segunda época de la historia que voy trazando. Los asombrosos descubrimientos geográficos de aquella edad, y sobre todos la aparicion del Nuevo-Mundo, causaron una verdadera revolucion en las ideas que dominaban en las ciencias de observacion. Enriquecióse cada una de ellas con vasto caudal de conocimientos, de suerte que fue preciso renunciar al favorito deseo de abrazarlos todos: de aquí la division de las ciencias que constituye el carácter de su segundo período. Desde luego se adoptó como guia de los estudios la filosofía de Bacon; y su método analítico arrojó de las escuelas las fórmulas exageradas con que los escolásticos habian recar-

gado la doctrina de Aristóteles. Dejáronse á un lado los sistemas y las teorías, para no observar sino los hechos y los fenómenos; dirección atinada y segura al camino del saber, como no tardó en verse manifiestamente por sus grandiosos resultados. De la antigua é imaginaria alquimia salió la química racional; de la astrología fatídica y engañosa, la astronomía matemática; de la farmacia, la botánica y luego la fitología ó verdadera ciencia de los vegetales. Dividióse la medicina en varias ramas segun lo requeria la mayor estension de su benéfico objeto; y las ciencias naturales, que por componer parte de la de curar, andaban en manos de gentes dedicadas á otros egercicios, formaron un cuerpo de doctrina, que dió por sí solo bastante gloria á los que osaron llamarse naturalistas en los siglos XVII y XVIII: y aun en este último, creciendo sin cesar el número de las observaciones, tuvieron que separarse en muchos y estensos capítulos, de manera que desde Lineo acá no ha habido un solo ingenio que pretendiese dar la ley en zoología y en botánica á un mismo tiempo. Si atendemos ahora á las ciencias puramente humanas ó de aplicacion inmediata al gobierno y perfeccion moral de nuestra especie, podrá demostrarse tambien que tuvieron tan crecido influjo en sus adelantos los sucesos políticos y religiosos del siglo XVI, como los descubrimientos científicos lo habian tenido en el progreso de las naturales. Sin luces bastantes para estenderme en una materia estraña á mi profesión, me atrevo, no obstante, á sostener, que las ciencias de la legislacion y del gobierno debieron de recibir nuevo y valiente empuje con los trastornos de la política europea, y con la consolidacion de las monarquías sobre las ruinas del poder feudal. Igualmente habia de cobrar mas alto vuelo la industria humana al poner en planta las poderosas mejoras de la náutica, y los nuevos y grandes elementos que sin cesar le proporcionaba la mecánica; y prueba del aumento y complicacion de los intereses materiales es la necesidad que hubo de establecer una ciencia especial que los dilucidase: tal fue la economía política. Por último, la filosofía misma, bella sublimacion de todo saber, siguió el rumbo progresivo que habian tomado todos los demás conocimientos. Las vagas y brillantes teorías de los griegos perdian su mayor interés al someterse al exámen de ingenios mas positivos, y la historia del entendimiento humano tuvo que trazarse de nuevo por el famoso Locke, á quien siguieron, aunque por distintos caminos, las dos célebres escuelas francesa y alemana del siglo pasado.

LICEO VALENCIANO.

401

En semejante estado se hallaban las ciencias al empezar el siglo actual. Divididas todas é independientes unas de otras, llamaba cada una de ellas la atencion de muchos sábios, que dominados por la filosofía analítica creian haber cumplido con la sociedad, cuando á fuerza de desvelos llegaban á adelantar un solo paso en el estudio que respectivamente habian cultivado. Pero la misma abundancia de materiales científicos por un lado, y la introduccion por otro, del método sintético en la filosofía, dieron nueva direccion al progreso de los conocimientos humanos. Con efecto, el inmenso caudal de observaciones que se habian acumulado en todos los ramos del saber, requirió perentoriamente su clasificacion y reunion en cuerpos de doctrina á fin de que pudiesen estudiarse con desahogo y elevarse á principios generales: reunion que no era hacedera, sin que se adoptase un método filosófico mas adecuado para dirigir los estudios. Esta nueva y última época de la historia de las ciencias ha empezado con nuestra generacion. Todos somos testigos de los rápidos progresos que el saber humano ha hecho, desde que las ciencias han vuelto á hermanarse, mas no á confundirse, pues solo se han asociado las que por su natural analogía podian traer su origen de principios comunes. Vemos que las ciencias físicas se dan amistosamente la mano; las naturales imitan tan noble egemplo, y esfuérzanse las aplicadas en seguirlo, á pesar de las graves dificultades que ofrece el empeño de sujetarse á principios fijos y positivos. La filosofía es la que ha promovido esta convergencia general en las ideas; mas no contentándose con ser su principal instrumento, ha querido utilizarla para recobrar su antiguo esplendor, y colocarse al frente de todo saber, como resultado directo y sublime de todos los conocimientos. Lejos de resentirse las otras ciencias de tan envidiable primacía, han procurado prestarle el debido homenaje, invocando sus luces para aclarar las intrincadas cuestiones que en cada una de aquellas se presentan. La física quiere llamarse filosofía natural, y la química espone ya su teoría filosófica. Los médicos se afanan por sentar ideas generales en su ciencia para fijar las reglas del arte; y los naturalistas buscan igualmente principios que espliquen en compendio los fenómenos sometidos á su observacion, como se ha probado recientemente por los ensayos hechos para crear la zoología general, para esponer la escala natural de los seres y para establecer la

teoría de la tierra. En vista de tantos y tan brillantes resultados que todas las ciencias alcanzan con el ausilio de las nociones filosóficas ¿qué debían hacer los mismos filósofos sino sistematizar sus propias doctrinas y generalizarlas de manera que abrazasen todo cuanto el hombre conoce dentro y fuera de sí mismo? La escuela alemana moderna es la primera que ha entrado en este camino y la que por consiguiente ha sabido presentar la filosofía como es en sí y cual en un principio la entendió Platon: ciencia de las cosas divinas y humanas que guía al hombre al deber por medio de la inteligencia. En prueba de esta verdad, séame lícito trasladar aquí el grandioso cuadro que uno de los filósofos de mas crédito en Europa, el profundo Schelling, ha dado del círculo de los conocimientos.

El *todo* forma

el *absoluto*, que es el *todo* en su forma primitiva.

Se manifiesta en

la *naturaleza*, que es el *absoluto* en su forma secundaria.

Se produce en dos especies de *relativos* que son

Real

Ideal

bajo las potencias:

Gravedad—Materia.

Verdad—Ciencia.

Luz—Movimiento.

Bondad—Religion.

Organismo—Vida.

Belleza—Arte.

Sobre todo lo cual se coloca como forma refleja del universo

el *Hombre*—microcosmo, el *Estado*.

El *Sistema del mundo*—macrocosmo, la *Historia*.

Este es el actual estado de las ciencias en las naciones mas civilizadas. Si la corta relacion que de sus adelantos acabo de hacer, puede parecer exacta, concluiremos con toda razon que la marcha de la inteligencia humana es altamente progresiva. Hase visto en efecto, que si el hombre dió un gran paso al dividir los conocimientos para sacarlos del caos en que se hallaban, llevó todavía mas adelante el saber cuando los reunia con el fin de encontrar sus analogías y deducir de ellas una ciencia general ó filosofía verdadera. Como en este siglo se ha verificado tan importante reforma en las ideas, podemos vaticinar sin temor de equivocarnos, que la época actual merecerá la mas alta mencion en la historia que algun dia se trace de los cono-

cimientos humanos. Obra es esta, que de buen grado dejo para ingenios mas aventajados; pues mi ánimo al redactar el presente artículo ha sido solamente estimular á los que pueden escribirla.

I. Vidal.

DEL DIBUJO.

Observaciones sobre el artículo de D. Manuel María Azofra inserto en el número 3.º en el mes de Mayo.

No es mi objeto impugnar una proposicion que en su expresion mas lata reasume cuantos conocimientos prescriben las artes para el desarrollo de sus producciones y mútuo enlace de las ciencias, y en especialidad de las que llevan el nombre de exactas. Tampoco me detendré en demostrar la segunda parte que constituye la perfeccion de un dibujo, cual es, la propiedad mas ó menos exacta en el claro-oscuro para mostrar con perfeccion la calidad y circunstancias del objeto que representa. Esta circunstancia tan interesante en el dibujo la reconoce el autor de la proposicion, y sin embargo la pasa en silencio en todo su discurso, concretándose á ponderar la utilidad del dibujo geométrico, y prefiriendo este á aquel por ser, segun su opinion, mas útil para las artes de construccion.

Si el autor del artículo en cuestion hubiera emitido su opinion solo con respecto al dibujo geométrico, no seria yo el último á tributarle los mayores elogios por la brillantez con que ha sabido dilucidar los principios que tan sabiamente tiene sentados. Ciertamente no hay quien deje de conocer la influencia de las matemáticas en todos los ramos del saber humano, y que en unas mas y en otras menos se necesita su aplicacion. El dibujo de pintor se encuentra en este último caso, y sin embargo estiende sus límites mas allá de cuantas combinaciones geométricas pueda crear la imaginacion mas despejada.

El señor Azofra, despues de encomiar la importancia de las academias, y el respeto que por mil títulos le merecen, sostiene su discurso alimentado con la crítica que le suministra el análisis de la enseñanza en aquellos establecimientos. Para corroborar su aserto dice: que en las academias se enseña á

dibujar ojos, bocas, pies, manos, y cabezas y figuras, manifestando que esto no es enseñar á dibujar sino á copiar dibujos, porque el sistema en ellas establecido carece del vigor geométrico que se requiere para la formacion de aquellos objetos. Parece imposible que en boca del señor Azofra falte el reconocimiento de la buena enseñanza en la forma con que el mismo le presenta. ¿Podrá enseñarse á un niño de siete ú ocho años á que copie una cabeza sin estar impuesto de las partes que le forman, como son ojos, boca, &c.; mostrándole al mismo tiempo la distancia que hay de unas á otras? ¿Se instruirá un jóven en el dibujo de figuras sino está impuesto en el de pies, manos y cabezas, cuyo sistema de composicion le da por resultado la exactitud de los procedimientos hasta allí efectuados con aquella franqueza y gusto que se requiere, mostrándole por estos mismos principios que el cuerpo humano se halla determinado por un número de partes iguales, y que estas se subdividen en otras de la misma condicion, facilitando otros tantos espacios capaces de interponer las que son de menor espresion?

Tambien estraña el autor de la proposicion que para copiar los principios indicados no se haga uso del compás como medio el mas seguro para hacerse con copias iguales.

¡Quién lo creyera! ¡como si el determinar por los principios geométricos un ojo fuera mas fácil que copiarle á la simple vista! Ciertamente se le podria encargar al señor Azofra la resolucion de semejante problema ínterin nos quedábamos construyendo á pulso una línea recta, y no se nos venga diciendo que no lo podremos efectuar por no hacer uso de instrumento alguno, porque diremos que no queremos mas que dos de sus puntos.

Siguiendo el curso de su censura, dice el articulista: que el modo de corregir los dibujos de pintor á la simple vista no es el mas adecuado para formar buenos artistas, pues que con semejante sistema solo se juzga de los objetos por las apariencias, prescindiendo de la realidad, aventurando así un juicio que pone en ridículo la capacidad de los profesores, suponiendo que no enseñan los principios que conducen á la exactitud, porque no los conocen, y que por lo mismo sus obras tendrían que sujetarse al vígoroso exámen de los procedimientos geométricos.

Semejante modo de racionar parece impropio de cualquier hombre que sepa lo que vale el dibujo de pintor ó de pers-

pectiva para no dejarse llevar las mas veces de ideas que solo tienen su asiento en apariencias geométricas, y que no se puede hacer uso de ellas, generalmente hablando, para llevar las artes al grado de perfeccion que se merecen. ¿Será por ventura el dibujo de pintor el único que se enseña á la simple vista? ¿No es este uno de los órganos del entendimiento humano por medio del cual juzgamos de los objetos hasta colocarlos en el lugar que realmente deben ocupar? ¿No es la vista la que nos presenta el término de comparacion de aquellos, y por ella decimos esta cosa es grande, es pequeña, y esta ocupa su verdadero lugar? Así lo decimos cuando nos ponemos á examinar el todo y las partes de cualquier objeto. Pues bien: si esta idea sola regula las mas veces los trabajos de las artes, ¿por qué no se le ha de dar el valor que se merece? ¿Por qué no se ha de dar, repito, el valor que tan justamente se merece la enseñanza del dibujo en las academias? ¿No pareceria ridículo, á la par que imposible, que el pintor, cargado siempre del compás y de la escuadra, se presentara, no solamente á hacer una composicion, por pequeña que fuera, de objetos heterogéneos, y que los produce su imaginacion en el momento que los arregla y compara, á la manera que un escritor ordena el producto de su pensamiento, si no que es totalmente imposible que para copiar los pliegues de la ropa, los dobleces de una flor y las diferentes arrugas de la cara en la construccion de un retrato se hiciera uso del compás y de la regla; y no se diga por esto que el pintor obra por instinto, sino que una conviccion llena forma el resultado de sus operaciones.

No hay medio: ó se admite el principio en la enseñanza de dibujo que llevo sentado y que siguen las academias, ó debemos ir siempre cargados con los referidos instrumentos cual otro geómetra para juzgar los trabajos de las artes. No se crea por esto que desconozco la influencia que el dibujo geométrico egerce en las composiciones del pintor, porque seria hasta criminal en un hombre cuya profesion es el egercicio de la arquitectura; pero sin embargo reconozco una superioridad en el dibujo referido, capaz de llevar las artes y las ciencias á mas elevada esfera que la que proporciona el geométrico; cuyo objeto, como dice muy bien el señor Azofra, solo es el de la rectificacion en los descubrimientos revelados por el dibujo de pintor, y que aun en estos las mas veces es abandonado, porque de sus operaciones resultaria la confusion, y de ahí la os-

curidad en la resolución de la mayor parte de sus problemas.

Debiera solo bastarle al señor Azofra el reconocimiento por todas las academias de Europa de la enseñanza del dibujo de pintor, para no incurrir en semejante defecto, y como si no fuera suficiente la grande autoridad de tales establecimientos; trae en su auxilio los nombres de Pablo Lomazzo, Alberto Durer, Juan Cousin, y Desargues, sin tener en cuenta que estos célebres profesores aprendieron los principios de dibujo por un sistema igual al de nuestros días, y que tan grandes resultados ha dado á las artes, á las ciencias y á todo lo que es capaz de hacer impresion en nuestros sentidos. Dígalo sino la ciencia de la religion, la historia, la medicina en general, las matemáticas mismas y todas las de su dependencia, y así pues el arquitecto, como otro cualquiera, hará pocos progresos en su arte como no esté perfectamente instruido del dibujo que llevamos indicado. Por manera que, si el artista en un momento de su orgullo se cree tan matemático como Arquimedes ó Neuton, y el producto de sus obras no se halla arreglado á los principios que llevamos indicados, por mas que sus cálculos terminen en lo infinito, no despejará la incógnita en la cual se encuentra la novedad y belleza de las obras.

Ultimamente: un campo estenso presenta la proposicion que nos ocupa si tratásemos de hacer patentes todas sus verdades; pero atendiendo á que con dificultad se encontrará quien no esté persuadido de la mayor parte de ellas, cuyo reconocimiento autoriza plenamente lo poco que en este artículo se ha tratado de la manera mas general, y como por otra parte mi único objeto ha sido el de vindicar á las academias con mis cortas facultades de los ataques que indirectamente hayan sufrido en el artículo en cuestion, me abstengo de hacer nuevos comentarios; terminando mi ligero escrito con la confesion de D. Manuel María Azofra, que para que las artes en general lleguen al grado de perfeccion de que son susceptibles, deben los artistas y artesanos imponerse en ambas clases de dibujo.... La academia de San Carlos facilita sus conocimientos.

Jorge Gisbert.

ISLA CONEJERA.

El amor que debo á la verdad
no desviará mi pluma en referir
las cosas conforme ellas sean.

Ram. var. ill. pág. 246.

¿Será cierto que el grande Aníbal, aquel ser extraordinario que fue terror del egército de Roma, nació en el isluchó de los conejos? Desde luego congeturaríamos favorablemente si diéramos crédito al delirio de nuestros cronistas que avezados á hacer brillar su patria con esplendor ageno, y apoyados en un testo lisiado ó mal entendido de Cayo Plinio, creyeron que la Conejera fue patria del cartaginés Aníbal, hermano de Magon y Hamnon, y cuñado del célebre Asdrubal. Al sábio Questor de la Bética siguieron sus comentadores Dalekambio, Hermolas, Florian y el P. Mariana, quienes en vez de memorar á la Conejera con el nombre de *parva Anibalis* con que la cita Plinio, le dan la denominacion de *patria Anibalis*; y los eruditos Diago, Garibay, Benter y otros ya se estienden afirmando que en la ocasion de que Amilcar Barceo en el año 248 vino por gobernador de la Balear mayor, entonces denominada *Clumba*, sus compañeros trajeron algunos conejos para dar principio á la caza y los soltaron en la isla *Tricada*, *Triquadra* ó *Triquedra*, que desde aquel entonces tomó el nombre de *Conejera*, dejando su primitivo que seguramente lo tendria por su figura triangular. Los referidos autores aseguran contra lo que dice el obispo Miedes, lib. 8, capítulo 11, que Aníbal nació en la Conejera por la casualidad de haber querido su madre pasar á Cabrera para visitar el templo de Lucina, dea de las preñadas, y que viéndose fuertemente acometida de los dolores del parto, desembarcó en la *Triquadra* y dió á luz al impertérrito Aníbal.

¿Debemos dar crédito al aislado aserto de unos escritores tan crédulos y poco críticos, ó mirar como patraña é invectiva cuanto nos cuentan del nombre de la isla Conejera y de la casualidad que proporcionó á la misma el ser cuna del lidiador de Cartago? A lo primero se resiste la noticia que no hace mucho tiempo encontramos en un libro de letras reales del archivo patrimonial. Ella se reduce á un pregon que en 3 de Mayo de 1425 mandó publicar el procurador real Lázaro de Lloscos á instancia de Nicolás Zaragoza, dueño de *las Cabre-*

ras, prohibiendo bajo la pena de un morabatino el que nadie pudiese cazar en dicha isla ni en ninguna de sus rayanas por no tener tiempo de haber aumentado los conejos soltados en ellas con el objeto de que criasen. Si hasta 1425 no hubo conejos en la isla del argumento ¿cómo pudo llamarse *Conejera* antes de aquella época? De otros muchos documentos se deduce que con el nombre de *las Cabreras* y no con otro particular eran conocidas antes del siglo XV las islas de *Cabrera*, *Conejera*, *Imperial*, *Redona*, *Bleda*, *Plana* y *Foradada*. El modo como se supone que aconteció el nacimiento de Aníbal, debe tenerse por un hecho erróneo, por no afirmarlo ningún escritor coetáneo.

Los historiadores extranjeros con Pomponio Mela, libro 3, cap. 1, aseguran con menos fundamento, que el héroe de Cartago nació en la península española, pues sus raciocinios solo se apoyan en que existen muchas fortificaciones, torres, puertos y pozos denominados de Aníbal, y particularmente en Lacobriga pueblo de la antigua Lusitania. Las varias ediciones que se han hecho de la historia de Plinio desde 1460 en que salió á luz la primera, parece que han querido hacer honor á las Baleares tergiversando el verdadero sentido del testo que habla de la *Triquadra*; así es, que el P. Mariana, autor crítico é imparcial, en el tomo 1, lib. 2 de su *Historia de España*, ya sospechó de la fidelidad de Plinio, pues se espresa en estos términos: *Plinio sin duda si la letra no está errada hace á Triquadra patria de Aníbal*. La edicion de Plinio hecha en 1470 dice de la isla del argumento *Meraria ac Triquadra patria Aníbalis*: la de 1723 *Triquadra parva Aníbalis*: la que en 1669 comentó Hermolas Barbaro *Triquadra parva Aníbalis*; y el erudito alemán G. B. Depping en su *Histoire generale de Espagne depuis les temps les plus reculés jusqu'à la fin du dix-huitieme siècle* pág. 231 teniendo presente esta última version, al hablar de las islas que componian el archipiélago balear, dice que entre otras se cuentan la *Triquadra* y la *pequeña de Aníbal*.

Confesamos que nos confunden sobremanera la multitud de discordancias que se notan en las distintas ediciones de la historia de Plinio. Ninguna de ellas combina con la que se hizo en Venecia en 1468, pues en esta última se lee: *et e regione Palme merarie attiquadra parhabanibalis* (palabras que no presentan sentido alguno), y mucho menos con las que comentaron Harduino, Brotier, Vosio, Gronovio y un anónimo frances,

quienes ponen constantemente el *parva Anibalis* y no *patria Anibalis*.

De lo dicho puede inferirse que el verdadero testo de Plinio dice *parva Anibalis*, y que el *patria Anibalis* es una corruptela ó aditamento de los comentadores de su historia. Ahora bien ¿qué quiere decir *parva Anibalis*? Lo ignoramos.

Pero prescindiendo de que la *Triquadra* fuese propiedad de Aníbal á pesar de que las antiguas repúblicas no eran muy generosas con sus hijos ilustres, se oponen á su nacimiento en la isla del argumento las razones siguientes: 1ª que los escritores de su tiempo, incluso Tito Livio, le dan el dictado de general cartaginés: 2ª que el mismo Aníbal en las alocuciones dirigidas á sus tropas no llama compatriotas á los baleares sino aliados: 3ª que el padre de Aníbal, segun Tito Livio, de Mallorca pasó á Sicilia, con el egército cartaginés, luego domó en Africa á los esclavos rebeldes, y finalmente murió en España. 4ª si segun el citado autor estuvo cinco años en Africa y cuatro en Sicilia ¿cómo pudo nacer su hijo en la *Triquadra*, siendo así que contaba nueve años cuando vino con su padre á la península, y este habia lo menos doce que faltaba de Mallorca? 5ª que el mismo Aníbal puesto á colloquio con Scipion le recuerda para venir á la paz la suerte de Régulo, declarándole que Cartago era su verdadera patria (Tit. Liv. t. 3, p. 246, Patavii 1784); y 6ª que Cornelio Népote, escritor mas antiguo que Plinio, en las vidas de los grandes capitanes comienza la de Aníbal con estos términos: *Anibal Amilcaris filius Cartaginensis*.

Parece que las razones sentadas son mas que suficientes para hacer ineficáz y dejar desvalida la opinion de los comentadores de Plinio; sin embargo, nuestro corresponsal el erudito D. Miguel Salvá, presbítero, ha presentado á la real academia de la historia un discurso sobre la patria de Aníbal que ha de formar parte del tomo 8º de las *Memorias* de aquella esclarecida corporacion. Si los ratiocinios de este mallorquin estudioso bastan para probar que Aníbal nació en las Baleares, entonces tendremos por exacta la inscripcion que con tanta facilidad se puso al retrato del héroe de Cartago que existe en el consistorio de Palma: *Anibal Amilcaris filius Caprarie Balearice natus*.

Otro escritor moderno copiando los dislates de nuestros cronistas tambien mira á la *Conejera* como un agigantado monu-

mento de nuestra antigua historia, y aun cree que Cabrera su rayana fue poblacion muy famosa con un monasterio de agustinos fundado por Eudoquio. Ni la carta de Gregorio el Magno, que para nosotros es tan apócrifa como la encíclica de San Severo, ni los vestigios orgánicos, ni la posicion topográfica de las referidas islas, dan la mas remota sospecha de ser cierto lo que supone el crédulo escritor en sus defectuosos opúsculos. Harto caro por poco nos ha costado estos dias el viage que hemos hecho á Cabrera y la Conejera para ver si descubriríamos algun indicio de haber sido pobladas, y el resultado de este viage explorador ha sido el haber visto en esta última un isluch triangular con sus radas á peña cortada, formando la parte superior una latitud de una milla tendida de NNE. y SSO. de un terreno pedregoso, incapáz de ser reducido á cultivo y azotado por todos los vientos sin el menor abrigo contra ellos. En toda la Conejera tampoco se halla ninguna piedra ni canto castigado por la escarda. Si es cierto que aquí nació el hombre grande de Cartago, no podremos decir que mala tierra da mal fruto, pero estamos muy distantes de asentir á un error tan enorme como lo hemos manifestado en las pruebas sentadas. Sea lo que fuere, ya que hemos tratado de unas islas que en nuestro concepto son las *menarias* de que habla el geógrafo Strabon, debemos añadir que el canal de 12 millas que las separa de Mallorca es de muy peligrosa navegacion, como lo advierten Miñano, Tofiño, Verdejo y otros. De esta verdad tendremos por mucho tiempo una memoria indeleble, pues á nuestro regreso en la noche del 19 de Abril de 1839 nos vimos naufragados, y cuando creíamos que el barquichuelo iba á ponérse nos por montera, nos encontramos metidos dentro de unos escabrosos pedruscos de las costas de Lluchmayor, á la distancia de 5 leguas del punto en que debíamos desembarcar. Sirva esto de prevision á cualquiera que desee visitar la presunta patria de Aníbal para no esponerse á ser víctima de su curiosidad.

J. M. Bovér.

Palma de Mallorca.

GALERIA DE CARICATURAS.

2.^a

La vieja nobleza y la nueva.

¡Un noble! He aquí un personaje que ha tenido su pasado, que no tiene porvenir, y da lástima al presente. Hace medio siglo que se trabaja por la igualdad, y sin embargo la diferencia de clases la han reconocido todos los pueblos. Roma republicana tuvo patricios y plebeyos, senado-consultos y plebiscitos. Hasta entre los ángeles hay gerarquías. No hay pueblo alguno que reconozca la perfecta igualdad. Esto solo quiere decir que los hombres solamente somos iguales en el mundo en el nacer y el morir. Durante la vida cesa la igualdad, porque nunca pueden ser iguales para la sociedad el tonto y el sábio, el feo y el hermoso, el fuerte y el débil, el bueno y el malo. He aquí, pues, porque hubo y habrá siempre diferencia de clases; y si esto es cierto, la nobleza es justa si es el premio de la virtud, del talento, del valor y de las demás cualidades útiles á la sociedad. El vincular los privilegios en una familia recompensando en los descendientes la virtud, el talento ó el valor del primero que los mereció, es harina de otro costal: esta seria una cuestion política, á la que yo no puedo tocar. Los intereses de las naciones, regidas por cierta especie de gobierno, hacen necesaria esa vinculacion; pero repito que este es campo vedado y me vuelvo á mi propósito.

Es visto, pues, que la diferencia de clases es natural, y que ella engendró la primera nobleza. Sin embargo, á ella le ha acontecido lo mismo que acontece á todas las instituciones que no son perfectas, lo mismo que á todo lo que en el mundo vive: nacer, prosperar, perecer y reproducirse, porque todo en el mundo perece y se reproduce.

En nuestra España brillaron los nobles entre la gente goda; pero antojósele un dia al rey Rodrigo folgar con la hermosa Caba, hija del conde D. Julian, y este, que no pudo tomar muy á bien los pasatiempos del último rey de los godos, quiso hacer una que sonara, y abrió ancha puerta á los hijos de Mahoma que concluyeron con Rodrigo y su gente, y se asentaron pacíficamente en España. Vino despues la guerra contra

los infieles que principió D. Pelayo, y para defender los pueblos conquistados los donaban los reyes á las iglesias y á los nobles, y de aquí nacieron la feudalidad, el orgullo de los nobles y del clero, y la debilidad de la monarquía. En los siglos IX, X y XI egercieron los nobles cierta especie de soberanía en Leon y Castilla. Despues de la toma de Leon por el año 1020 el temor obligó á los reyes á adoptar otro método; tal fue el conceder su fuero y legislacion particular á cada villa reconquistada; y de aquí nacieron las municipalidades. Presto el escesivo poder y la ambicion de los nobles puso en agitacion al pais, y para contrarrestarlos organizaron los reyes el tercer estado. Esto era todo lo que restaba hacer. No decayeron por entonces aun los nobles, pero el tercer estado creado y destinado á ser su enemigo mortal, desde fines del siglo XII fue admitido en las córtes y obtuvo el derecho de peticion. Puestos en escena, y cuasi con iguales fuerzas, el rey, el clero, la nobleza y el pueblo, el desórden fue consiguiente. En el siglo XIV Alfonso II y D. Pedro el Cruel contuvieron la osadía de los grandes, pero estos se revolvieron contra D. Pedro favoreciendo el alzamiento del Bastardo, y despues que coronaron al regicida se repartieron, como un botín, los bienes de la corona. Orgullosa aun mas la nobleza con la debilidad de Juan II cometió mil desafueros en el pais; robó los derechos reales, y haciéndose completamente revolucionaria, concluyó por la escandalosa deposicion de Enrique IV en 1465. Terminada la guerra contra los moros principiaron á poner órden los reyes católicos. Su matrimonio unió dos coronas, y sus talentos y victorias fundaron la verdadera monarquía en España, haciéndose superior la potestad real á todos los demás poderes del estado. Poco despues Lutero invade la Europa con sus doctrinas; Francia admite y predica la heregía, y Pedro de Osma la introduce en España. Principian los trastornos en Flandes en 1519, y Toledo principia tambien el levantamiento de las comunidades. Aprovechase entonces de la ocasion una gran parte de la nobleza, y trató de imponerle la ley á Carlos V, pero este, que no era débil como Juan II, ni se dejaba ahorcar en efiegie como Enrique IV, destruyó la revolucion de un tajo en los campos de Villalar, y en las famosas córtes de Toledo (1538) se desembarazó de la oposicion que le hacian los nobles, privándoles del derecho de asistir á ellas. La nobleza de España, despues de los reyes católicos, fue rica, pero no ya poderosa: su poderío decayó desde que concluyeron las guerras y se

reconoció la necesidad de contener su ambición y fortalecer la potestad del rey. Carlos V puso casa á su hijo á la borgoñona, destinando para el servicio de su persona á lo mas escogido de la nobleza. Desde entonces los nobles fueron servidores de los reyes, y desde entonces la debilidad de algunos de sus señores pudo darles mas ó menos influencia, pero nunca recobraron ya su antiguo poderío. Felipe II vino á fundar la monarquía absoluta. Desde un principio se dedicó á destruir los bandos de los señores, y con hierro, multas y destierros estinguió sus diferencias y rivalidades. La nobleza, habiendo reconocido á la fuerza la superioridad del monarca, fue entonces pundonorosa y leal. En los reinados de Felipe III y IV y Carlos II se dedicó á la intriga palaciega y pugnó por apoderarse de los mas elevados puestos. La victoria de la casa de Borbon contra la de Austria, en virtud del célebre testamento de Carlos II, puso en guerra por última vez á los nobles. Felipe V, al subir al trono, se vió rodeado de una nobleza pacífica, pero encontró nobles que tenían el privilegio de no quitarse en su presencia el sombrero, que tenían tratamientos honoríficos, cargos lucrativos y puestos preferentes en la iglesia y en los parages públicos. Dejóles los honores y quitóles el provecho. En tiempo de Carlos III se habian convertido los nobles en danzantes y majos; pasaban la vida adorando á las reinas de bastidores y aprendiendo á guiar un calesin para asistir á las corridas de toros con el traje de los chulos sevillanos. Este cambio dió argumento á Jovellanos para escribir una sátira tremenda y oportuna. Con tan buenos antecedentes, en el reinado de Carlos IV prosperó, como era regular. La reina era un tanto alegre, la mayor parte de la nobleza cortesana la siguió, y lo pasaron todos muy divertidos. Finalmente, antes de esta época, en 1725, se habia conocido ya la necesidad de fundar un seminario de nobles para enseñarles á leer y escribir. Desde entonces se reconoció otra nobleza superior, que es la del saber. Terminada la guerra de sucesion por la victoria de los Borbones, sintiéronse al momento en España los progresos de la filosofía francesa que importaron los ministros de Felipe V Juan Orri y Melchor Macanáz. El primero armó guerra contra los grandes, continuando la empresa principiada por los reyes católicos, para devolver al real erario las rentas que aquellos habian usurpado; y el segundo la armó contra la Iglesia. Desde esta fecha pareció oírse un rumor sordo, pero amenazador, contra los nobles y los clérigos, que se prolongó en el reinado

de Carlos III, cuyos ministros parecieron destinados de propósito para preceder á la revolucion que, estallando en la vecina Francia, vino tambien á prender su fuego en la Península. La revolucion dió al traste en Francia con el rey, los nobles y los clérigos; el verdugo se hartó de sangre de todos colores, y el populacho satisfizo su odio de tantos siglos. La revolucion hizo allí lo que D. Quijote en la posada de la Mancha con los títeres de maese Pedro. Pero Dios se lo perdonará porque se ha arrepentido. En España sucedió algo menos que en Francia, y á estas horas los nobles de acá yacen cuasi en el mismo estado que los de allende la alta cordillera.

He aquí por donde pasaron los nobles de España hasta llegar al año 12. Las córtes de esta época abolieron los señoríos. Las de 1823 abolieron los mayorazgos, y en la actualidad nadie necesita acreditar nobleza, ni siquiera que tiene la sangre limpia para entrarse por todas partes y ocupar los mas altos puëstos. Y ahora se pregunta, ¿qué es hoy un noble? Un hombre como otro cualquiera, aunque se llame conde, duque ó marqués, pues todos estos nombres son títulos *sine re*. Todos los privilegios desaparecieron, y no les queda otro que el de guardar sus pergaminos, poner el escudo de sus armas pintado al óleo en la antesala, grabarlo en las tarjetas, en el ángulo izquierdo del papel de cartas y en el sortijon del índice de la mano izquierda con arreglo á la última moda. Pero no, ni aun este privilegio les queda, porque no hay ningun petate en este siglo democrático que no encuentre allá entre sus abuelos alguna cabeza de oso ó de tigre, algun brazo armado, alguna torre ó castillo, ú otra cosa con que arreglar á su gusto un escudo de armas y presentarse chorreando nobleza por todos los cuatro costados. Cuando uno ve tanto dorado anillo, cuasi llega á creer que hemos retrocedido sin pensar al tiempo de los romanos; con la sola diferencia de que para llevar ahora el *anulum* solo se necesita tener el dinero que cuesta, que no es gran cosa.

En España, pues, quedaron los nobles como aquel á quien le quitan hasta la camisa, y le despiden despues diciéndole: á Dios caballero. Los han dejado nobles en el nombre, y esto no basta, porque en este siglo, segun dicen tan positivo, la nobleza sin dinero es nobleza pobre, y el pobre, aunque sea noble, solo escita compasion.

Pero ¿se creerá acaso que existe un sentimiento general contra la nobleza y los privilegios? Este seria un error en que no incurrirá por cierto el que conozca al mundo. Solo tiene

odio á la nobleza el que no ha heredado pergaminos, ni se siente con fuerzas para ganarlos; solo tiene odio á los privilegios el que no los disfruta. No quiero que tenga otro lo que yo no tengo: esta es la manera de discurrir de la gente plebeya. Es injusto que la nobleza se deba á la casualidad de nacer de tal ó cual padre, entre cuyos ascendientes, allá por los tiempos de los primeros reyes que cuenta la cronología, hubo uno que pasó con su lanza un par de moros como un par de morcillas; pero si el que tal piensa disfrutara de las glorias de su abuelo, á buen seguro que pensaria de otra manera, y no se le diera un ardite de que esto fuese injusto y hasta ridículo. Por otra parte cuando la nobleza era algo, todos la adularon, no solo la plebe, si que tambien la gente de letras y hasta los mas democráticos escritores que precedieron á la revolucion de Francia, la adularon y participaron de ese sentimiento aristocrático tan general; y en prueba de ello, he aquí un parrafito de Soulié que viene de molde: »Voltaire (dice) escribió la *Henriada* para cantar los mas esclarecidos nombres de la Francia, y si olvidó á Sully en la historia de Enrique IV no fue por odio á su casta sino porque el último nieto de este ministro habia cometido alguna indiscrecion con el poeta. Mas tarde añadió á esta obra, *Ziare* para Lusignan; *Adelaida Duquesclin* para nombrar á Vendome, y otros mil cuentecillos para engatusar á Richelieu. Mr. de Montesquieu estaba por la nobleza de toga; d'Alambert decia á gritos que era hijo bastardo de una gran señora; el baron d'Holbach era todo un baron como buen aleman, y Rousseau no se lo reprochaba mas que porque él era hijo de un quidam; Marmontel arreglaba, como un lacayo, intrigas de estrado para sacar á madama Chateauroux del lecho de Luis XV; Diderot fue á Rusia á dar las gracias á Catalina II por la pension de mil libras, de la cual le habia hecho anticipar cincuenta años.»

En la sociedad existe un sentimiento aristocrático inestinguible. Los que destruyen la vieja nobleza se adornan con sus despojos, ó trabajan por plantear ellos otra nueva. La afición á las distinciones, el deseo de elevarse sobre el nivel de los demás es natural en el hombre, ora presuma de aristócrata, de monárquico ó demócrata. Un frac republicano y una cruz de Carlos III parecen cosas heterogéneas, y sin embargo vemos que pasean juntas. En el siglo pasado habia en España una nobleza degenerada, caduca é ignorante, y estamos sobre ello relevados de prueba; vino la revolucion y dijo: abajo esa no-

bleza, y cuando ya todos eran iguales, los hombres de la revolucion dijeron: es necesario que haya nobleza, y se hicieron nobles. La revolucion no hizo mas que aumentar el catálogo de los viejos nobles con los noveles. La nueva aristocracia la han formado los generales, los banqueros y alguno que otro abogado, y esta aristocracia, dicen, que es la del saber; Dios quiera que sea así, pero mucho lo dudamos, porque la aristocracia del saber en España no pueden formarla nunca los generales y banqueros.

Y no es esto lo mejor del cuento; como hemos dicho la nobleza de España en los últimos reinados no tenia por donde el diablo la dejara; era ignorante, y como ignorante orgullosa, insolente y soporífera; era una nobleza inútil en verdad, pero en ella se respetaba todavía lo ilustre de los nombres, porque estos nombres recordaban las antiguas glorias de España. Sin embargo, teniendo en consideracion lo mucho que habia vivido y disfrutado, reconociendo su debilidad, su ignorancia y su orgullo, á fuer de buenos imitadores de la Francia, los aplastaron como una torre que cae y aplasta á una familia de hormigas. Mas he aquí que se alza otra nobleza nueva, flamante, y apenas viene al mundo, encontramos que vale menos que la vieja, porque despues de no tener costumbres ni antigüedad, tiene la misma ignorancia y todo el orgullo necio de los que, habiendo nacido en la nada, se ven encumbrados como por ensalmo, y no tienen mérito, ni los hábitos, ni la dignidad de los grandes. Y en vano se esfuerzan en parecerlo, y consumen capitales inmensos en carruages, convites, bailes y conciertos, porque siempre parecen bastardos. La comezon de figurar y relucir los devora; danse una prisa ridícula en ponerse al nivel de los que quieren imitar, y arruínanse y caen en medio de las insolentes carcajadas de los que miran como desde el patio al nuevo aristócrata sobre la escena. Green que para ser noble solo se necesita tener un título, gran casa, gran tren, muchos criados y una insolencia á prueba de bomba, y olvidan que les falta la cualidad primera y mas esencial, que es la educacion, madre de todas las cualidades que deben adornar á un noble. Tenemos, pues, vieja nobleza y nueva; y con una y otra, bien puede asegurarse que no tenemos ninguna, porque la vieja murió y la nueva no sirve, porque la nobleza no se improvisa, y mucho menos cuando se reparten las dignidades entre los últimos en el número de los que no las merecen.

V. A.

MADAMA DE LINSDFORF.

(Continuacion.)

II.

Al día siguiente la princesa de D.... daba un convite, al cual fue convidado Edgar de Wolfsburg. A las dos menos cuarto se presentaba este de gran etiqueta en los salones de aquella señora, que á su notable fealdad y desarreglada vejez, reunia el defecto de querer recibir en su casa, con el mayor agrado, á los hombres mas disolutos y de mas tachada reputacion.

La conversacion iba decayendo cuando anunciaron al señor conde de Linsdorf, y á madama la condesa su esposa.

El general, hombre alto, flaco y estirado, que parecia tener á lo menos cincuenta y seis ó cincuenta y siete años, y en cuyo pecho brillaban gran número de condecoraciones, fue á inclinarse ante la princesa con su muger del brazo.

—Tengo el honor de presentar á V. A. S. á madama de Linsdorf mi esposa.

La jóven inclinó con gracia su frente para recibir el beso frio que se dignó darle la princesa, y fue á sentarse en un sillón, cerca del canapé desde donde esta presidia.

Anunciada la comida, la princesa, levantándose de su asiento:

—General, dijo, dadme el brazo; y vos señor de Wolfsburg, ofreced el vuestro á madama de Linsdorf.

Edgar no se dió mucha prisa en obedecer, pero repetida la órden por la princesa, no tuvo mas remedio que escusarse de su distraccion, y ofrecer su brazo, aunque con indiferencia, á la esposa del general, á quien no habia cesado de observar desde su entrada en el salón, y cuya belleza á primera vista le pareció menor de lo que suponía, segun las descripciones exageradas de sus compañeros. Aquel momento de perplegidad dió tiempo á madama de Linsdorf para mirar con atencion al que debia pasar á su lado las tres mortales horas que exige una comida de etiqueta en Alemania.

Sentados á la mesa, Edgar trabó conversacion con su vecina sobre el dichoso tiempo que habia pasado en París, y fue nombrándole varias de las personas que le honraron allí con su amistad. Trasportada la jóven por los recuerdos de su país natal, y gozosa de poder hablar de los antiguos amigos que tanto amaba, con la persona que recientemente los habia visto y tratado, se abandonaba al atractivo de aquella dulce conversacion con todo el ardor de su carácter naturalmente franco y entusiasta. Creíase en aquel momento trasportada á Francia y rodeada de los amigos de su juventud, cuyos nombres amados resonaban en sus oídos como una música vaga y lejana.

—¡Ah! caballero, ¡si supieseis qué dicha siento al hablar de mi patria y de los recuerdos de mi niñez!

Pronunció estas palabras con un acento tan dulce y conmovido, y sus ojos empapados de lágrimas dirigieron á Edgar una mirada tan pura y angelical, que este no pudo menos de ir confesando interiormente la belleza de su vecina.

—Segun eso, ¿hace largo tiempo que dejasteis á París?

—Desde mi casamiento lo abandoné para seguir á mi marido al fondo de la Curlandia, donde se le concedió una comandancia importante; y hace ya cuatro años que apenas he visto á seis de mis compatriotas.

Edgar aprovechó de la ventaja que la casualidad le habia proporcionado, y al fin de la comida madama de Linsdorf no podia menos de mirarle casi como un antiguo conocimiento.

A los postres, encontrando Wolfsburg en su plato una almendra doble (1), se volvió á su vecina y le dijo riendo:

—¿Conoceis este juego aleman?

—¡Oh! sí, mucho, respondió ella con vivacidad; soy muy feliz en mis *vielliebchen*, casi siempre los gano.

—Yo apuesto á que perdeis este, dijo Edgar risueñamente, dándole una mitad de la almendra, cuya compañera guardó.

—¿Y para cuándo lo dejamos?

—Para la primera vez que tenga el placer de veros.

Acabada la comida, y mientras que la princesa se entretenia con otra señora de su edad en inventar calumnias contra todos los habitantes de la ciudad, madama de Linsdorf, de-

(1) En Alemania, cuando al fin de la comida cualquiera de los convidados encuentra una almendra doble, da la mitad á su vecina ó á la persona que escoge, despues de lo cual el primero de los dos que diga al otro: *Guten tag vielliebchen*, tiene derecho de pedirle lo que quiera.

jando al resto de la sociedad disperso en grupos por el salon, se acercó á su marido y le dijo:

—Linsdorf, permíteme que te presente al señor baron de Wolfsburg: conoce á casi todos mis amigos de París, y ha tenido la bondad de hablarme de ellos durante la comida.

Edgar representó tan bien su papel con el general, que al cabo de media hora de conversacion, ya este le habia cobrado tanta aficion como su muger; y al despedirse le dijo:

—Mi esposa y yo hemos venido á M.... para pasar en él dos ó tres dias únicamente, pero tendremos el mayor gusto en recibiros, y esperamos nos acompañareis á nuestra vuelta á Linsdorf, donde os prometo mucha caza.

Matilde, al tomar el brazo de su marido, tendió su graciosa mano á Edgar, y con una sonrisa encantadora.

—Yo os doy gracias, caballero, le dijo, por los momentos verdaderamente dulces que me habeis proporcionado.

Edgar se habia adelantado ya mucho, y no pudo menos de apelar á toda su hipocresía para tomar aquella mano con la misma frialdad con que hubiese tocado la de una reina: su largo trato con ellas le habia enseñado á juzgar el corazon de las mugeres, y un rato de conversacion con Matilde le bastó para conocer la dificultad de su empresa.

—Mucho tendré que hacer durante mis tres semanas, se decia; ¡esta muger es tan franca!

La mañana era soberbia, y madama de Linsdorf, asomada á su ventana, escuchaba la música de los regimientos que desfilaban para ir á la parada de mediodia, cuando de repente se abrió la puerta, y un criado anunció á Mr. de Launay. A este nombre Matilde dió un grito de sorpresa, y corrió al encuentro del recién venido, á quien abrazó con efusion.

—Gustavo, mi querido Gustavo, hermano mio, ¿es verdad que sois vos? ¿vos á quien lloré ausente por espacio de cuatro años? ¡Ah! ¡qué feliz soy! Pero habla, querido Gustavo, dime que eres tú ó creeré que todo esto no es mas que un sueño.

—¡Matilde, querida Matilde, hermana adorada!.... eran las únicas palabras que podia pronunciar de Launay, y le estrechaba las manos cubriéndolas de besos.

Madama de Linsdorf corrió á la otra estremidad del salon, y abriendo una puerta:

—¡Miguel! gritó, ven al momento.

—No puedo por ahora, respondió una voz de hombre, voy á salir al instante para ir á casa del ministro.

—No importa, ven un momento antes de salir, y verás á Gustavo de Launay.

De allí á poco entró el general, y estrechando la mano á Gustavo, le dijo:

—Espero, caballero, que tendreis á bien considerar mi casa como la vuestra; estoy muy convencido del afecto fraternal que debe existir entre vos y mi esposa, para no trataros como verdadero hermano.

—Yo os doy gracias, mi general, pero no podré aprovechar de vuestra atencion hasta pasado algun tiempo, viéndome obligado á partir para M.... donde probablemente permaneceré quince dias ó tres semanas.

—¡Picarillo! exclamó Matilde, pero al menos comereis hoy con nosotros.

—Lo siento, pero parto á las dos en punto. No supe vuestra llegada aquí hasta hace dos dias, y ayer mismo vine á veros, pero desgraciadamente no comiais en casa.

Mr. de Linsdorf, habiendo manifestado su deseo de ver á Gustavo á su vuelta de M...., y haciendo presente su cita con el ministro, salió dejando solos á su muger y al señor de Launay.

Gustavo y madama de Linsdorf se engolfaron en una de aquellas conversaciones deliciosas en que el corazon habla al corazon; en uno de aquellos exámenes del alma, en que esta espresa sus mas íntimos arcanos, y dice cuanto siente sin embarazo ni temor. De Launay refirió los sucesos de una existencia estrepitosa, activa, real; Matilde la historia de una vida íntima y aislada, en que los pensamientos suplen las pasiones, y en que las sensaciones se cuentan por acontecimientos. Al cabo de media hora Matilde conocia la historia de Gustavo, Gustavo el corazon de Matilde. Ella le habló de su larga permanencia en el fondo de la Curlandia, y le hizo la descripcion de las bellezas de aquel pais romántico y salvaje, que habitara lejos de toda sociedad los cuatro años de su matrimonio. Arrebatada al mundo á la edad de diez y seis años; abandonada á sí misma en medio de una naturaleza sombría y vigorosamente pronunciada, la jóven dulce, tímida y reservada, vino á convertirse en muger franca, animosa é independiente. Nacida con un temperamento caviloso, aquella imaginacion tomó rápidamente su vuelo, y aumentando su impresionabilidad de dia en dia, su contemplacion acabó por exaltarse hasta el entusiasmo. Al revés de casi todas las mugeres, cuyo carácter está generalmente

formado por la accion del mundo exterior, Matilde hizo experimentar su influencia á todo cuanto se la acercaba; obró sobre los objetos que la rodeaban, y los revistió de las formas y colores de su fantasía, creándose un mundo ideal, y en él una existencia dulce y apacible. En constante comunicacion con las eternas voces de la naturaleza y su inmutable belleza, formóse vínculos entre ella y las cosas inanimadas; y las montañas cubiertas de nieve, y los sombríos bosques eran para ella amigos, á los cuales comunicaba los secretos de su pensamiento. En el mugido de los torrentes, en el plañidero son del viento de la noche, escuchaba palabras misteriosas, cuyo sentido ella sola comprendia; y en la incesante contemplacion de sí mismo, que engendra la soledad y aislamiento, aprendió á analizar sus propios pensamientos, y acabó por conocerse á sí misma.... pero sin conocer su corazon.

Bien pronto conoció Gustavo que aquella soberbia discípula de la naturaleza no era ya la tierna jóven que otro tiempo conociera. Comprendió cuán funesta podia ser la entera ignorancia de los hombres y del mundo á un ser tan superior bajo un punto de vista puramente filosófico. Conoció tambien que en la magnífica armonía de aquella hermosa creacion, faltaba una cuerda por vibrar, y que en el desarrollo moral de aquella criatura ardiente, poética, exaltada, el amor no habia tomado su parte. Tomóle la mano, y mirándola atentamente, le dijo con el acento del mas tierno interés:

—Matilde, ¿sois feliz?

—Esa es una pregunta que una muger casada no debe hacerse.

—Matilde, insistió él bajando la voz y apretando fuertemente la mano que tenia entre las suyas; Matilde, respondeme francamente, ¿amais á vuestro marido?

Madama de Linsdorf bajó los ojos y guardó silencio por un momento; fijando luego en Gustavo su mirada noble y orgullosa:

—¿Creeis que á una muger para ser feliz y permanecer en el límite de sus deberes le sea preciso *amar* á su marido?

—Cuando esa muger no tiene mas que veinte años y una imaginacion como la vuestra, su corazon debiera estar ocupado.

—¿Luego sois de parecer que es imposible vivir sin amar?

Mr. de Launay, con aire inquieto, se puso á recorrer el salon á largos pasos: dirigiéndose luego á Matilde le dijo:

—Es una ley precisa, á la cual toda muger está sujeta.

—Yo creo que los egemplos de lo contrario son menos raros de lo que pensais. En cuanto á mí, continuó con ardor, dejando á un lado mi posicion de muger casada, no quisiera someterme á un despotismo tan inexorable.

—Matilde, hablais del amor como lo hiciera un niño. Vos no debeis ignorar que sois muy bella, que sois una criatura adorable.... pero la vanidad y la coquetería no os serán tan peligrosas como vuestra inesperienza. ¡Ah! Matilde, vos no sabeis las redes que os tenderán, los enemigos que tendreis que combatir sin sospecharlo, y á los cuales, cuando llegueis á conocerlos, no tendreis ya fuerzas que oponer.

—Estad bien persuadido, amigo mio, de que una muger, *si quiere, puede permanecer en el límite de sus deberes*. Cuando su corazon le designe aquel á quien debe temer, no procure eytarle, huyendo de él cobardemente; sino al contrario, mirándole de frente, midiéndole desde lo alto de su dignidad, ármese de todo su valor, y luche con él valientemente: nada mas noble que semejante combate. Vosotros los hombres que os degollais por un rey, por un príncipe, por una idea; cuando se trata de defender vuestra patria, de combatir por vuestros altares, de disputar al opresor vuestros hogares paso á paso ¿no se centuplica, decidme, vuestro ardor? ¿vuestra fuerza no llega á ser sobrenatural? ¿no perecereis mil veces antes que rendiros? Pues bien, nuestra patria, nuestros hogares, nuestros santuarios, todo se encierra en nuestro honor; ¿creeis que no sepamos conservarle puro é intacto á costa de nuestras lágrimas, de nuestra sangre, y de nuestra propia vida? Cuando una muger carece de apoyo, cuando la debilidad la sorprende, cuando su virtud vacila, recuérdase todavía el respeto que á sí misma se debe, y aun cuando Dios la abandone, réstale su orgullo. Vosotros no comprendereis jamás el inmenso poder de este sentimiento que dice: Quiero sin rubor alzar mis ojos al cielo, y mirarle frente á frente.

—¡Pobre criatura que cree posible jugar con el rayo! dijo Gustavo suspirando.

Madama de Linsdorf y de Launay estuvieron hablando largo tiempo, y al separarse este le dijo á aquella abrazándola:

—Matilde, *en nombre de nuestro antiguo afecto, en nombre de Luisa, en nombre de vuestra felicidad, haced por amar á vuestro marido*.

Atado por su promesa, y no pudiendo advertirla del peligro que la amenazaba, Gustavo dejó á Matilde, pensando con

horror en el cambio obrado en ella. Le era evidente que durante aquellos cuatro años de retiro, habia lentamente, y sin notarlo, preparado su corazon, y sobre todo su imaginacion, á la primera chispa que el amor arrojaria. Llena de energía, de entusiasmo y de vida; sin conocer las pasiones mas que por sus nombres, ni á los hombres mas que por lo que habia leído, entraba en el mundo con una confianza ilimitada en sí misma, y una fe ciega en sus fuerzas; era bella, tenia veinte años, y no *amaba* á su marido.

Madama de Linsdorf, á quien la conversacion de Gustavo habia dejado inquieta y pensativa, recorria la sala sin intencion ni objeto, ora parándose ante la ventana, ora abriendo un libro que no tenia intencion de leer. Sentada en fin al piano, comenzó á cantar el romance de Desdémona, pero apenas articulara algunas notas, apagóse de repente su voz, sus ojos se inundaron de lágrimas, y apoyando su frente sobre una mano, mientras que la otra recorria el teclado lánguidamente, sumergiéndose en una profunda cavilacion. Entonces pensó en todo lo que acababa de oír, y reconoció en su corazon la verdad de muchas cosas que le dijera de Launay. Matilde soñó á menudo en el amor durante sus años de soledad, y en sus paseos solitarios á la sombra de los poblados bosques, ó al borde de los rápidos torrentes, mas de una vez su imaginacion puso un ser á su lado; un ser identificado con ella, que como ella pensaba y sentia, y á los pies del cual derramaba todas las riquezas de su lozano corazon, todo lo que su alma encerraba de poético y apasionado. Matilde vió mil veces entre sueños á este ser que le decia: ¡cuán bello es á tu lado el universo! Pero despues, entrando en sí misma, exclamaba: ¡*Ah! jamás.*

Largo tiempo permaneciera sumida en esta interior contemplacion, cuando de repente su mano derecha vino á ejecutar algunas notas consecutivas, que en la disposicion nerviosa en que se hallaba, le parecieron tan tristes, tan estrañamente melancólicas, que se levantó estremeciéndose, cerró el piano, y se dirigió á la mesa á ver las cartas que un criado acababa de dejar. Las primeras que se ofrecieron á su vista fueron las de Wolfsburg; mirólas largo tiempo maquinalmente. La visita de Gustavo la habia preocupado hasta el punto de olvidar casi enteramente al baron, pero vuelta en sí, hubiera deseado que Edgar viniese á verla, por tener un pretesto para salir de su cavilacion. Tomó otra vez las cartas, y recordando el *vielliebchen*:

—¿Quién sabe si lo habrá olvidado? dijo sumergiéndose otra vez en su meditacion.

III.

Al otro dia la princesa de D.... envió su palco á Matilde y una invitacion para el baile del dia siguiente.

Representaban aquella noche *Los Bandidos*. El telon acababa de correrse, cuando madama de Linsdorf, acompañada de su marido, apareció en el palco de la princesa. Matilde, que asistia por la primera vez á la representacion de la obra maestra de Schiller, experimentó una sensacion enteramente nueva al ver producirse la idea del poeta que tanto amaba. Estaban en la escena en que Moor, al recibir la carta de su hermano, viendo sus ilusiones muertas, desoidas sus súplicas, despreciado su arrepentimiento, da libre curso á su magnífica desesperacion. Enagenada por el encanto de aquel soberbio language, arrebatada por el torrente de aquella elocuencia sublime, la jóven entusiasta olvidábalo todo para devorar una á una las palabras del desdichado Karl, cuando el señor de Linsdorf, que ninguna atencion ponia en la escena, y cuya única ocupacion parecia consistir en pasar toda la sala en revista con su anteojo, dijo súbitamente, tocando el brazo de su muger:

—Allí descubro á nuestro baroncito del otro dia.

Matilde, aunque contrariada al verse arrebatada de las poéticas regiones que habitada, no pudo menos de volver los ojos en la direccion que le indicaba su marido, y vió efectivamente en un palco, enfrente del suyo, á Edgar que, enteramente indiferente á lo que pasaba en escena, parecia no tener ojos, oídos ni atencion mas que para una linda señorita, al lado de la cual estaba sentado. Al verle Matilde no pudo menos de decirse: ¡Qué magnífico Karl Moor haria! Y muchas veces, durante el drama, cuando el Moor de la escena recitaba uno de aquellos parlamentos, cuyo valor é independencia la entusiasmaban, dirigia la vista, casi involuntariamente, hácia el Moor de su idea, como para sorprender la espresion de aquel en sus facciones; pero este no apartaba un momento los labios del oído de su vecina.

Madama de Linsdorf volvió á su casa ocupada de un sentimiento vago é indefinido que, sin ser enojo ni desaliento, participaba de ambas sensaciones.

La aparicion de Matilde produjo una viva curiosidad en el baile de la princesa, y todo el mundo preguntaba el nombre

de la bella forastera, que entre todas aquellas mugeres mal ataviadas y feas la mayor parte, parecia una hermosa flor de lis descollando en un campo de malvas. Tal vez á muchas personas disgustaria la elevada estatura de madama de Linsdorf; pero habia tanta flexibilidad en sus movimientos, tan voluptuosa languidez en su endeble talle, que parecia doblegarse á merced del viento. Se podia tambien tachar su cuello de algun tanto largo, pero semejante á una hermosa flor que se mece sobre su tallo, su pequeña cabeza se inclinaba sobre aquel nevado cuello con tan gracioso abandono, que en lugar de afearla añadia un encanto indecible á su persona. ¡Ah! Matilde de Linsdorf era una criatura encantadora; ella esparcia el perfume de su juventud y de su pureza sobre todo lo que la rodeaba. Cuando pasaba, ó lector, cerca de ti, te hacia experimentar la misma sensacion que al acercarte á una ventana abierta sobre un jardin; parecia que te tragera entre la fresca brisa el perfume de las flores húmedas aun por el rocío de la noche.

Cerca de un cuarto de hora permaneció Matilde sentada en un sofá en el sitio de la sala destinado al baile, con la cabeza apoyada sobre su mano, y sus rasgados ojos negros fijos en el vacío. Dios sabe cuáles eran sus pensamientos, pero en aquel momento estaba inefablemente bella; y al verla allí sumida en profunda meditacion, hubiérasela tomado por la sombra de Egeria sentada sobre las ruinas de su gruta. Hacia, pues, un cuarto de hora que no habia salido de sus labios una palabra, cuando de repente una mano vino á apoyarse sobre el espaldar del sofá que ocupaba, y una voz le dijo por lo bajo:

—*Guten tag vielliebchen* (1).

Matilde, no pudiendo contener su primer movimiento, levantó repentinamente la cabeza, como un insecto espantado; confusa despues por la emocion que acababa de manifestar, cubriéronse sus facciones del mas vivo rubor.

—Habeis ganado, caballero.

Describir la impresion que estas tres palabras, muy simples en sí, produjeron en ella, seria imposible. Matilde nada entendia, y, lo que es mas, no procuraba comprender lo mismo que sentia.

(1) Buenos dias, dueño querido.

Despues de algunos instantes de conversacion:

—¿Qué es necesario que os conceda por vuestro *vielliebchen*? preguntó á Edgar.

—Concededme, os suplico, tan solo cuatro valsés.

Madama de Linsdorf le respondió, acompañando sus palabras con una mirada donde se traslucia la mas adorable sencillez:

—Hace tantos años que no he valsado, que ahora tengo miedo; temo haberlo olvidado.... Y además esa orquesta y este torbellino me afectan sobremanera. Una larga ausencia de la sociedad nos hace tan ignorantes; si supieseis....

Edgar acabó por persuadirla, y ciñendo con su brazo el airoso talle de Matilde, la llevó al sitio del baile. Sus primeros pasos fueron tímidos é inciertos, pero gracias á la maestría de su compañero, al cabo de algun tiempo, sobrepujaba á todas las demás por su gracia y ligereza. Animada por aquella música irresistible de Strauss, sus mejillas, habitualmente pálidas, se animaron, y sus ojos adquirieron un brillo maravilloso; jamás se la vió tan bella. De todas partes se paraban para mirarla; ella no oía mas que murmurios de admiracion, y llena de gloria, embriagada con su triunfo, daba gracias á Edgar en su corazon de la felicidad que experimentaba.

Hácia el fin del baile, Mr. de Wolfsburg se acercó á Matilde:

—¿A qué hora pensais partir mañana para Linsdorf?

—¡Ah! ¡Dios mio! olvidaba mi viage.

A mí no hay cuidado que se me olvide, porque Mr. de Linsdorf se ha empeñado en favorecerme, y voy á tener el honor de acompañaros.

En este momento, el general vino á buscar á su muger para retirarse.

A las diez en punto, mi querido baron, dijo estrechando la mano á Edgar. Cederemos el carruage á Matilde, y nosotros viajaremos á caballo.—Este jóven me enamora, dijo Mr. de Linsdorf á su muger al bajar la escalera.

—¡Qué magnífico baile! ¡Qué deliciosa fiesta! exclamó Matilde saltando al carruage.

Peregrin García Cadena.

ANTES DE DEJAR A VALENCIA.

Memoria á la señorita Doña P. G. C.

Antes de abandonar por dura suerte
El hermoso vergel que el Turia baña,
Ven, arpa del dolor, ven y acompaña
La postrera cancion que el labio vierte.

La postrera ¡oh dolor!.... ¿qué númen santo
Ha de inspirar de hoy mas la mente fria?

¿Amor?—¡pobre de mí! Si flores cria,
No es para mí su aroma ni su encanto.

¿Gloria?—¡infeliz! los rayos que destella,
No llegarán á iluminar mi frente.

¿Entusiasmo?—mi pecho no lo siente.

¿Amistad?....—sola tú. Cándida y bella,

Tú sola harás que lance al blando viento
Acorde el son de mi olvidada lira;

Pero triste tambien: ella suspira....

¡Por siempre su armonía fue un lamento!

Será el último en fin: ven á mis manos;

Despues yo romperé tus cuerdas de oro.

Tanto plañir manchara tu decoro,

Y no hay en ti sonidos de alegría.

Señora, á vos cuyo acento

Derrama en mi corazon

Consuelo, calma, contento,

Dirijo en triste lamento

Mi postrimera cancion.

Y un recuerdo en ella os dejo,

Y un á Dios con ella envio:

Este triste como mio,

Aquel puro cual reflejo

Del brillante sol de estío.

Escuchadla, y conservad

Mi canto en vuestro memoria:

Al menos felicidad

LICEO VALENCIANO.

Será allá en mi soledad
Recuerdo de tanta gloria.

Vos en Valencia la bella
Tendreis placeres mayores....
;Flor hermosa entre sus flores,
En su cielo hermosa estrella
De perpetuos resplandores!

Yo pediré al cielo santo
No cierre tu tierno broche,
Yo pediré que tu encanto,
Ofuscando al sol su manto,
Brille de dia y de noche.

Yo pediré, flor de Abril,
Que amor cual aura sutil,
Tu tallo precioso halague:
Estrella de luces mil,
Que tu brillar no se apague.

Para ti, lucero hermoso,
Pediré dicha y contento;
Tú para mí un pensamiento
De pura amistad me da:
Y contento en mi retiro,
Bendeciré tu hermosura,
Hasta que una tumba oscura
Fin de mi encierro será.

Hermosa flor del valenciano suelo,
Para ti, amor y gloria por rocío:
Para mí.... para mí.... pídele al cielo
Que encuentre un corazon digno del mio.

Joaquin José Cervino.

DESENGAÑO DE AMOR.

A Doña E. G. y C.

Vírgen de los negros ojos
Y de la blanca megilla,
Pura cual ángel que brilla
Al pie del solio del eterno Dios;
¿Por qué avivas en mi pecho
El gérmen de los dolores?
¿Por qué me pides amores
Siempre gimiendo de mi huella en pos?

Es de sílfide tu rostro;
Es de sirena tu acento;
Y el aura roba á tu aliento
Perfumes de suave exhalacion.
¿Mas qué importa que aventajes
En transparencia á las nubes,
Y en gracias á los querubes
Si no te puede amar mi corazon?

¿Qué te valen, niña bella,
La súplica y el lamento,
Si los arrebatara el viento
Sin que lleguen mi pecho á conmover?
¿Por qué entre zarzas y abrojos
Tu huella tras mí se lanza,
Si amas ¡ay! sin esperanza,
Y mis brazos jamás te han de acoger?

¡Ah! eres tú sobrado hermosa:
Mas tu amor no es mi destino;
Sigue, sigue otro camino
Que este te guíe al puerto del dolor.
No ames ¡ay! á un desdichado
Que de llanto se alimenta,
Ni sigas en la tormenta
La barca de infeliz navegador.

LICEO VALENCIANO.

Quédate ahí en la floresta
Orillas de ese arroyuelo,
Y con las flores del suelo
Regálente los céfiros de Abril;
Y las amorosas aves
Desde la verde enramada
Te canten el alborada
Con trinos dulces y gorgoros mil.

Y los llorones del valle
Te formen con sus caireles
Vistosísimos doseles
Que te den sombra en el vigor del sol.
Y ojalá que entre las flores
Encuentres algun consuelo,
Y ojalá brille en tu cielo
De la esperanza el fúlgido arrebol.

A Dios, á Dios, hermosa sin ventura,
Capullo de una flor que desfallece
Sin auras, sin arroyos, sin frescura,
Y el ardoroso vendabal la mece.

Busca en ese vergel otros amores
Y para siempre mi cariño olvida,
Que hallarás por do quier adoradores
Que entre sus brazos te darán la vida.

Astro sé tú de dicha y de consuelo
Para el que un puro corazón te ofrezca:
Feliz te haga su amor; y el justo cielo
Con mil placeres tu ventura acrezca.

No sigas, niña incauta, mi camino,
Y el fuego apaga de tu amor profundo,
Que yo en los brazos de mi atroz destino
Iré cruzando el arenal del mundo.

Jaime Morales de Soler.

A una socia de la seccion de música.

Suena tu voz y se conmueve el alma,
Y el pecho rie en su latir vehemente
O triste llora en apacible calma,
Y goza en su llorar plácidamente,
Cuando es lánguido, tierno ó lastimero
El dulce acento de tu voz divina;
Y entonces ¡oh musa! es dócil el mas fiero
Y humilde á tu poder feliz se inclina.
Entonces, todo, tu poder lo ensalza,
Todo reposa en misterioso encanto,
Solo tu voz en el silencio se alza
Dulce y sonora cual celeste canto.
Entonces gratamente nos seduce
El poder de tu acento sobrehumano,
Y un éstasis de gloria nos produce,
Y en él se baña nuestro pecho ufano.
Y hasta el viento á moverse no se atreve
Por gozar tu sublime melodía,
Y cual aroma de las flores leve
Esparce regalado tu armonía.
Y te escuchan cien almas poseidas,
Del mágico sonar de tus acentos,
Y allá en el pecho callan recogidas
Y existen por tu mágia sin alientos.
Y despues que tu canto terminara,
Cuando el viento en sus senos entretiene
Tus últimos acentos, aun avara
El alma se los pide y los retiene,
Y un inmenso placer ansiosa apura
Mientras tu voz resuena en los oídos,
Placer inmenso, celestial ventura
Que no agotan jamás nuestros sentidos.
El alma es la que escucha fiel, constante,
Y nuevos sonos con afan espera,
Cuando un instante pasa y otro instante,
Calla tu voz y triste desespera.
Entonces ¡ay! el pecho palpitando
Tras de tanto gozar veloz respira,

LICEO VALENCIANO.

A tu gloria un recuerdo tributando
 Cada vez que dulcísimo suspira.
 ¿Quién el arte te dió, quién los encantos
 Que el alma hieren con placer interno?
 Qué, ¿fuiste acaso entre los coros santos
 Virgen hermosa que cantó al Eterno
 Y al mundo con tu magia descendiste
 Para consuelo al corazón dolido?
 Sin duda entre los ángeles naciste;
 De un mundo mas feliz has descendido;
 Y si hija fueras de la tierra impura
 Y un mortal hay felice que es tu amante,
 Deja que envidien su sin par ventura,
 Que vale un mundo y mas un solo instante
 Del placer que sin fin le dispensaras,
 Cuando arrobado por tu dulce encanto
 Una mirada de amor tú le enviaras
 Que le dijera »para ti es mi canto.»

Oye mi lira que suena
 En cantos de admiracion,
 Oye mi lira, sirena,
 Cuya voz nos enagena
 Y arrebatada el corazón.

Hoy llena el pecho tu gloria
 Y tu mágico poder,
 Hoy le llena tu memoria
 Y ninguna triste historia
 Le podría conmover.

Yo triste en edad temprana
 La vida corriendo voy,
 Y es mi suerte tan liviana
 Que no hay para mí en mañana
 Mas esperanza que hoy.

Todo me causaba enojos,
 Odio, hastío insoportable,
 Y ante mis pálidos ojos
 Era el mundo todo abrojos
 Y miseria despreciable.

Por eso pulsé mi lira,
 Y con la risa infernal
 Que el tedio horrible me inspira
 Me burlé de la mentira
 Y la farsa mundanal.

Y esa risa, de alegría
 La creyeron y placer,
 Y era risa de agonía,
 La risa con que solía
 Mitigar su padecer,

El que gimiendo abatido
 Solitario en su dolor,
 Nunca fue compadecido,
 Y en vez de triste gemido
 Lanzó dardos con furor.

Tú la ilusion bienhechora
 Me pudiste devolver
 Y fui feliz una hora,
 Consiente á mi lira ahora
 Que lo quiera agradecer.

Miguel Vicente y Almazan.